

UN AFRICANO
ENTRE NOSOTROS

UN AFRICANO ENTRE NOSOTROS



M. Zubillaga

Autor: M. Zubillaga

Diseño de cubierta: M. Zubillaga

ISBN: 9789403720999

© Manu Zubillaga

<https://manuzubi.wixsite.com/gabon>

2024

A mi familia, por su apoyo incondicional en esta aventura y especialmente por comprender y aceptar el tiempo y la dedicación que les he robado.

A todos aquellos que, de una u otra manera, han colaborado con nuestro amigo, a aquellos que lo han conocido directamente y a quienes, aun sin haberlo visto nunca, han brindado su ayuda confiando en mí.

A Bixen, por sus valiosas contribuciones y correcciones a este libro y especialmente por haberse tomado el tiempo de leerlo por completo (bueno, eso es lo que me ha dicho).

SOBRE ESTE LIBRO

Me llamo Manu. Tengo ya una cierta edad y soy un tipo normal, de esos en los que no te fijas cuando te los cruzas por la calle. Como comprobarás en breve, no soy escritor ni pretendo serlo. Pero tengo una historia que contar, la historia de Blanchard. Por esos azares de la vida, nuestros caminos se cruzaron entre contenedores de basura cerca de mi casa.

En aquellos momentos su situación era muy comprometida e intenté ayudarle. Así fue como, poco a poco y de manera natural, se fueron tejiendo vínculos de amistad y complicidad entre nosotros que, de alguna manera, perduran hasta el día de hoy. Conoció a mi familia y a mis amigos y ha convivido muchos meses entre nosotros como uno más. Ha sido una experiencia sumamente enriquecedora, ya que nos ha enfrentado a dilemas que abarcan temas como la confianza, la ayuda, el racismo, la migración, la amistad y, en última instancia, la propia vida.

Tras conocer a Blanchard creé un blog en el que comencé a escribir de forma regular sobre su situación con el fin de mantener informadas a las personas que le ayudaban de alguna manera. Son en parte los textos de ese blog los que he adaptado para este relato. He añadido varios capítulos que me parecían interesantes para conocer mejor a Blanchard, el verdadero protagonista de esta historia.

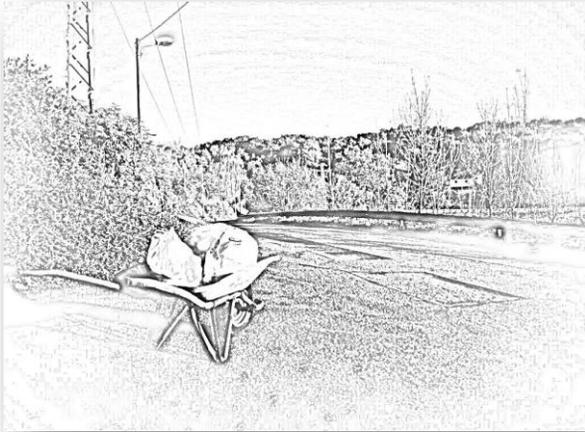
Siempre he intentado llevar este asunto con discreción, lo cual, como probablemente estés pensando, no cuadra con el hecho de escribir algo que se parece bastante a un libro. La cuestión es que, a medida que ha transcurrido el tiempo, he sentido la necesidad de contar esta historia por varios motivos. Por un lado, creo que todas las personas que nos han ayudado en este recorrido merecen conocer de primera mano (en realidad segunda) lo ocurrido durante estos años. Además, cualquier persona interesada en el tema de la migración podrá encontrar un caso real, aunque especial en muchos aspectos, que le permitirá conocer los problemas a los que se enfrentan todos los que deciden abandonar su tierra en busca de un futuro mejor. Por último, me he comprobado que la escritura resulta realmente interesante para ordenar tanto las situaciones como los sentimientos. Este ejercicio me ha ayudado a tomar decisiones de manera más analítica, aunque reconozco que no siempre de manera acertada.

La historia de Blanchard no acaba con estas páginas. Quizá me siente de nuevo a ordenar todas las vivencias de estos años para contar lo sucedido a partir del último capítulo de este escrito.

Por último, debo decir que me encantaría conocer otra versión de todo esto que vas a leer, la del propio Blanchard. Espero que algún día sea posible.

Capítulo 1

LA CARRETILLA



Unos trescientos metros separan nuestra casa de los coloridos contenedores de basura. Se encuentran a rebosar en algunos casos y en otros muchos aparecen rodeados de cajas, cartones, cristales, latas o material de construcción entre otros desperdicios que el iluminado de turno no ha llegado a encestar. El caso es que, una vez por semana, lleno la carretilla con la basura generada en casa y me dirijo a los contenedores multicolor para distribuir la mercancía de la mejor manera posible.

Era domingo y caía una tenue lluvia que provocaba una sensación de frío que no se correspondía con el valor que marcaba el termómetro. Manejaba de la mejor manera posible aquella carretilla que, por su peso, intentaba, a cada momento, alejarse del camino correcto. Me preguntaba cómo era posible que en siete días fuéramos capaces de generar tanto desperdicio. Imaginaba el camión que vendría a recoger la basura y pensaba en el incierto futuro de las bolsas que allí iba a depositar.

Eran pensamientos difusos y algo distorsionados, propios de la modorra de una tarde de domingo tras una copiosa comida y en relación con el escaso aporte de oxígeno a las neuronas debido a la digestión. En esas estaba cuando de pronto, como de la nada, apareció él, con el gesto del que está perdido y con la actitud de alguien que te va a hablar de buenas maneras.

Era una persona joven, de unos 25 años. El color de su piel hacía intuir su origen africano, probablemente subsahariano. Tenía pelo corto, una pequeña mochila y una ropa algo descuidada, aunque no llamaba la atención si la comparamos con la que yo llevaba puesta para la faena de aquel día.

Directamente, sin preámbulos, me pidió ayuda. Algo vi en sus ojos y en su actitud que me empujó a entablar una conversación con él. Me contó que había cruzado el estrecho hacía unos meses y que tras pasar una temporada en Andalucía había decidido viajar hacia el norte, según sus palabras, “guiado por su corazón”. Por un momento pensé

que quizá no conocía el sistema GPS. Sin embargo, con el tiempo he comprendido la importancia que siempre ha dado mi amigo a la intuición, a las corazonadas o incluso a la voluntad divina. Y, por cierto, lo del GPS también lo controla, perfectamente y bastante mejor que yo.

Venía del caluroso verano de Córdoba, donde estuvo internado en un centro de la Cruz Roja en plena pandemia, y de pronto se encontraba de en Donostia pasando frío y bajo la lluvia propia de octubre. Era el año 2020.

Mientras hablaba con él fui depositando una a una las bolsas que transportaba en la carretilla en el contenedor correspondiente. Pero claro, como era de esperar, no tardó en pedirme pasta para poder regresar a Andalucía. Me pareció que agradecía la conversación, sobre todo porque yo le hablaba en uno de los idiomas que él conocía, el francés. Era el francés que aprendí durante la EGB y el BUP; aunque un tanto oxidado me posibilitaba comunicarme con él de una manera más o menos digna. Por cierto, esas sí que eran unas buenas iniciales para unos estudios, EGB–BUP–COU y no las de ahora que, incluso teniendo hijas en edad de carreta y mochila, no las consigo aprender.

El caso es que llevaba basura, pero no llevaba un duro encima. Le invité a acompañarme hasta nuestra casa para poderle dar algo de dinero y, de paso, volver a cargar la carretilla con más basura. Los 300 metros de vuelta hacia nuestra casa los hicimos despacio, charlando amistosamente. Me contó detalles del viaje desde su país,

sus vivencias, alguna alegría, muchas penas, sus miedos y apenas nada sobre su futuro.

Era una curiosa situación: un tipo de cierta edad manejando con destreza una carretilla, deshaciéndose del desperdicio generado en una semana y conversando con un joven que lo necesitaba prácticamente todo.

Entré a casa, inspeccioné mi cartera y le ofrecí lo que tenía, aunque no era demasiado. Pero antes de despedirme de él le hice anotar mi número de teléfono para que pudiese llamar en caso de necesidad.

- **Ton nom?**
- **Blanchard. Et Vous?**
- **Manu.**
- **Au revoir Manu.**
- **Agur, Bonne chance.**

Capítulo 2

EL SALTO



"Viví en Tánger durante nueve meses. Mi intención era llegar a Europa junto con otras diez personas que estaban en mi situación. No resulto fácil. Los últimos dos días caminamos por el bosque hasta llegar a la costa. Entre las rocas inflamamos el bote que habíamos comprado y esperamos a que llegase la noche. Nos adentramos en el mar y avanzábamos con unos remos de plástico. Pero durante el trayecto hubo momentos de tensión, la corriente nos arrastraba en otro sentido y todo comenzó a moverse. Seis personas cayeron al agua y el mar se las tragó rápidamente y allí quedaron para siempre. Sólo llegamos cuatro hasta la costa de España."

Blanchard permaneció nueve meses en Tánger, realizando pequeños trabajos a cambio de comida y alojamiento. Vivía junto a otros migrantes que estaban en su situación en un pequeño apartamento, a la espera de la oportunidad para dar el salto. Sin embargo, para un subsahariano la vida es complicada en una ciudad del norte de Marruecos por las constantes redadas de la policía y por la estigmatización de los migrantes por parte de la población local. Era una realidad desconocida para mí por lo que intenté informarme sobre el trato que recibían los subsaharianos en el norte de África.

Leí aquellos días en un artículo llamado “El racismo se viste de negro en Marruecos” en la web de Atalayar que me introdujo en el tema. Se citaban fuentes del grupo antirracista marroquí GADEM que afirmaban que *“ser negro, pobre e indocumentado en Marruecos es peor que ser un perro callejero. La Policía marroquí es brutal con los africanos. Les detiene, les maltrata y, a veces, hasta les roba el poco dinero que tienen. Las autoridades no asumen su responsabilidad, pero lo que es peor es que una parte importante de la población es profundamente racista. Algunos marroquíes creen que ser musulmán es ser superior a los demás, y ven a los negros como una subraza”*.

Y un sociólogo explicaba en el mismo artículo que *“Los racistas marroquíes se comportan de la misma forma y utilizan el mismo lenguaje que los racistas españoles o europeos cuando surgen conflictos en barrios pobres de*

algunas ciudades con inmigrantes marroquíes. Automáticamente, les acusan a todos de ser traficantes de drogas y delincuentes”.

Veo que se trata de una cruda expresión del racismo, del miedo a lo diferente, de la defensa de la superioridad de un grupo frente a otro. Observo que, lamentablemente, estos sentimientos están ganando terreno en determinados sectores de la sociedad, al menos según mi percepción reciente.

Conocía de primera mano la discriminación que sufren los marroquíes en nuestro entorno más cercano, pero, en mi ignorancia, nunca pensé que en Marruecos las expresiones de exclusión fueran tan duras con los subsaharianos. Lo que había leído no era más que un artículo de prensa, pero me permitió entender mejor las narraciones de mi amigo sobre su estancia en el país magrebí.

Blanchard fue apresado en una de aquellas redadas y fue trasladado y posteriormente abandonado en Argelia, a escasos kilómetros de la frontera con Marruecos. Me contó que, gracias a la ayuda de una persona con la que entabló conversación en una estación de autobús, pudo volver a Tánger.

Tras su regreso, se ocultó en un bosque cercano en el que vivían cientos de personas procedentes de Camerún, Mali, Nigeria, Ghana y Guinea Bissau entre otros países y que esperaban su oportunidad para llegar a Europa. Parece

ser que los migrantes construyen dos tipos de campamentos en el bosque: los que se hacen para engañar a la policía y así mantenerla ocupada y los campamentos seguros, en lugares de difícil acceso, donde realmente viven los migrantes en unas condiciones infrahumanas.

Pero Blanchard tampoco estaba tranquilo en el bosque. Siempre llevaba sus enseres encima porque en cualquier momento podía producirse una redada policial que (y esto lo digo yo) se organizaba en función de lo decidido en la cumbre interministerial de turno entre España y Marruecos. Contaba que en ocasiones la policía se presentaba acompañada de perros con cara de pocos amigos, emulando probablemente la tradición centenaria de la caza del zorro de la campiña inglesa. Y a correr.

Me decía que muchas de las personas que vivían en el bosque llevaban meses, incluso años, en la misma situación y habían intentado, en más de una ocasión, el tránsito a Europa sin éxito. El salto de la valla de Ceuta era una buena opción puesto que era la manera más barata de ingresar en el viejo continente. Pero no resultaba fácil por el control policial a ambos lados de la frontera y por la propia valla, una colosal barrera física de 10 metros de altura coronada por concertinas hasta hace unos pocos años y peines invertidos en la actualidad.

La otra opción era contratar los servicios de las mafias que se dedican al tráfico de personas, pero el precio no estaba al alcance de cualquier bolsillo (2.500-3.000 € según sus palabras). La última opción era atravesar a bordo

de las “toys”, nombre que utilizan los subsaharianos al hablar de las pequeñas embarcaciones hinchables fabricadas en China. Son fáciles de conseguir y resultan más baratas que las lanchas neumáticas, pero son mucho más inestables.

- **“Para un negro el precio del bote es más caro porque el vendedor sabe para qué se va a utilizar y el comprador no tiene más remedio que pagar y callar”** – me decía cada vez que hablaba de su paso por el estrecho.

Tardaba lo que dura la noche caminando por aquel bosque maldito hasta llegar a un punto de la costa que le pareció propicio para embarcar. El punto seleccionado debía encontrarse lo más próximo posible a la costa española y debía presentar la menor vigilancia posible. En las incursiones que hacía para recabar información, comprobó que si el mar estaba revuelto la vigilancia policial era menor, a la vez que, corroboró que los barcos de vigilancia desaparecían con la luz del día. De vuelta al campamento pensaba que tenía que salir de allí, que no podía seguir más tiempo en el cruel limbo que suponía aquel bosque en Marruecos.

Compraron el bote hinchable a precio de negro y se prepararon para la travesía. Un día pensó que había llegado el momento de dar el salto. Lo habló con sus compañeros de campamento. Algunos pensaban que era una locura, otros dudaban y sólo unos pocos tenían clara la decisión. Se mostraron dispuestas a embarcar un total de diez personas

y al día siguiente emprendieron el camino hacia la costa por aquel bosque con el temor de ser capturados por la policía o de ser alcanzados por los perros que los acompañaban.

Siguieron el camino que nuestro amigo había recorrido en más de una ocasión para estudiar el terreno. Cuando llegaron al borde del mar, se escondieron entre las rocas esperando la noche. El mar revuelto y el viento, que soplaba con cierta fuerza, les hizo dudar en más de una ocasión. Pero no había vuelta atrás. Fueron hinchando el bote, poco a poco, hasta que consiguió una presión que consideraron suficiente. Empujaron la balsa hacia el mar, pero al contactar con el agua volcó a causa del viento. Comentaba que esta circunstancia aumentó la incertidumbre, ya que la identificaron como signo de mal agüero.

Al anoecer, se embarcaron rumbo a la península manejando unos remos de plástico. A bordo, un total de 10 personas. Según su relato, pronto comenzaron las dudas, especialmente cuando aumentó la fuerza del viento y cuando se toparon con los primeros remolinos, “Hilero” en el argot del estrecho. Se trata de fuertes corrientes abundantes en esa zona y especialmente en las inmediaciones de las puntas más avanzadas. Y probablemente Blanchard se refería a estas corrientes cuando relataba que uno de los tripulantes cayó al mar y desapareció súbitamente, engullido por el mar.

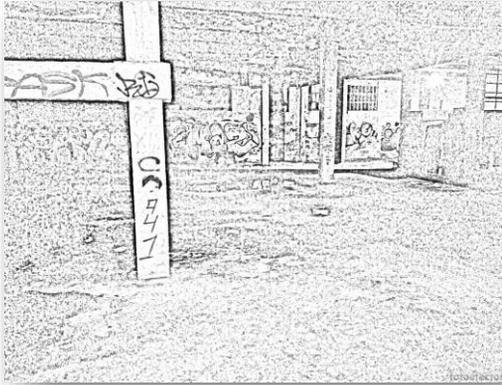
La tensión fue en aumento y parece ser que algunos tripulantes, arrepentidos de su decisión, exclamaban que debían volver a la costa marroquí. Los que portaban los

remos se negaron y siguieron en la dirección que pensaban que era la correcta. Otras cinco personas cayeron al agua en algún momento del viaje y corrieron la misma suerte que el primero. Los cuatro supervivientes remaban y remaban como poseídos por una fuerza sobrenatural y sin mirar atrás. De pronto, en el horizonte, divisaron unas luces que los animaron en su empeño. Hacia las seis de la mañana clareaba el día y, con la costa ante sus ojos, vieron que una embarcación de la Cruz Roja se acercaba hacia ellos.

Una vez me mostró un vídeo en el que uno de los tripulantes daba gracias a todo lo que se movía repitiendo una canción desconocida para mí con una alegría desbordante. Reconozco que aquellas imágenes me emocionaron mucho y me permitieron imaginar lo que siente un migrante cuando alcanza su destino después de tantas penalidades. Pero también he comprobado que el salto no es más que la primera etapa de un difícil camino.

Capítulo 3

EL INFIERNO



“Tras pasar unos meses en Córdoba, confinado en un centro de la Cruz Roja, quise salir de allí. Cogí un autobús a Madrid y tras dormir en la estación de Atocha viajé a Pamplona y luego a Donostia. Al salir de la estación al día siguiente, tuve una corazonada. Sabía que este era mi destino. Dormí en la calle, en un banco, pero un día encontré a un africano que me aseguró que podría alojarme en el Infierno”

A los tres días de nuestro primer encuentro entre los contenedores cercanos a nuestra casa, recibí una llamada desde un número que mi móvil no lograba identificar.

- **Hola Manu. Je suis Blanchard. Je ne sais pas si tu te souviens de moi.** (Soy Blanchard. No sé si te acuerdas de mí.)

Claro que me acordaba. Los días posteriores a mi primer encuentro con él pensé unas cuantas veces en su situación y me preguntaba si realmente habría cogido un autobús hacia Andalucía.

- **Bien sûr, je me souviens de toi. Où es-tu?** (Claro que me acuerdo de ti, ¿dónde estás?)
- **Je suis a l'Inferno** (Estoy en el Infierno)

No se conoce a ciencia cierta el origen del nombre de este lugar (me refiero al de Donostia, no al otro). Parece ser que la antigua carretera hacia Tolosa que atravesaba la zona tenía una peligrosa curva que provocaba muchos accidentes y de ahí la curiosa denominación. Algunos atribuyen el nombre a su lejanía respecto al centro de la ciudad. En algunos textos se recoge que en ese lugar existía una casa de postas con fonda y bar. Quizá en contraposición al cercano caserío "Belén" que también tenía un bar, le llamaron "Inpernua" (Infierno). Una última versión indica que el sobrenombre lo generó la enorme fogata en la que se quemaron los árboles derribados durante la construcción de la carretera que accedía a la ciudad por esa zona hacia el año 1840.

Sea como fuere, el nombre le viene al pelo a la hilera de casas antiguas y talleres industriales situados al borde de la variante de salida de la ciudad, en el barrio de Ibaeta. Se

trata de una zona muy degradada, con muchos edificios descuidados o abandonados. Algunos de ellos están ocupados por personas en situación difícil y que no tienen un mejor lugar para vivir: subsaharianos, argelinos y mayoritariamente marroquíes.

Quedamos en vernos al día siguiente. Intuí que no quería que me acercase a la casa ocupada en la que dormía (las fotos que me enseñó posteriormente me hicieron comprender su negativa) y concertamos una cita en el barrio de Lorea, a escasos 300 metros de su improvisada pensión.

Eran las seis de la tarde y sentía curiosidad por reencontrar al joven de los contenedores. Tras esperar durante unos 15 minutos apareció con la misma ropa y con la misma mochila en el hombro. Como os decía, Blanchard conocía bien la tecnología GPS, es decir, el “espacio” lo manejaba a la perfección. Pero durante estos años he podido comprobar que tiene más problemas con la magnitud “tiempo”. Alguna vez he llegado a pensar que sus horas no son de 60 minutos.

Tras los saludos iniciales nos sentamos en la terraza de un bar frente a dos cervezas bien frías. Hablamos durante más de una hora sobre su situación y sobre su futuro; del inmediato, ya que el otro queda muy lejos en estos casos. Su prioridad era conseguir un nuevo pasaporte puesto que el suyo se quedó en Marruecos. Es una práctica habitual abandonar el pasaporte o venderlo antes de entrar a Europa. Al cruzar sin documentos el migrante no puede ser identificado y por lo tanto la deportación es más complicada.

Un pasaporte en regla mostraría el país de procedencia del migrante, facilitando la posterior expulsión del país. Y eso no interesa.

He investigado posteriormente sobre el mercado ilegal de pasaportes. Parece ser que las mafias se muestran muy interesadas en adquirir pasaportes. Es frecuente que los roben o se los compren a las personas que como mi amigo están necesitadas y luego los pongan a la venta. He leído que en el “internet oscuro” existen portales en los que se venden pasaportes de multitud de países como si fueran recambios para coches. El precio es considerable y varía en función del grado de desarrollo del país que figura en la portada del documento. En ocasiones se venden tal cual, siempre que el comprador tenga cierto parecido con la persona que aparece en la foto. En otros casos el vendedor modifica la foto y los datos personales para adecuarlos al nuevo dueño del documento. Parece ser que también se utilizan modelos de plantillas en función del país de destino. Por último, en ocasiones se falsifican las partidas de nacimiento que permiten realizar una solicitud del pasaporte por la vía regular.

En los pasos fronterizos, la policía normalmente hace una inspección visual del documento por lo que es difícil detectar la trampa. Pero en ocasiones el control es más riguroso y se realiza una comprobación informática en bases de datos policiales en las que están registrados los pasaportes perdidos o robados.

Realmente nunca pregunté a mi amigo cual fue el destino del suyo y quizá prefiero no saberlo. Pero, en cualquier caso, el pasaporte era una prioridad para Blanchard y para conseguirlo debía viajar a París, concretamente a la embajada de Gabón.

- **Mais comment allez-vous arriver à Paris et en plus en pleine pandémie?** (Pero ¿cómo vas a llegar a Paris y encima en plena pandemia?)
- **J'ai parlé à un ami et il m'a dit qu'il y a des voitures qui emmènent les étrangers à Paris.** (He hablado con un amigo y me ha dicho que hay coches que llevan a los extranjeros a Paris.)

En aquel momento todo era nuevo para mí. Un pasaporte que se queda en Marruecos, la pandemia y la situación excepcional que provocaba, un paso fronterizo especialmente vigilado, amigos que a su vez tienen amigos que te llevan a París, el desconocido continente africano, Gabon, consulados, embajadas... No entendía gran cosa, pero decidí implicarme y prestarle ayuda económica a mi nuevo amigo porque pensé que la documentación le podría abrir muchas de las puertas que ahora estaban cerradas a cal y canto para él.

Ante mi insistencia me enseñó fotos de su “suite” en la casa ocupada y, realmente, no tenían desperdicio: espacios oscuros ennegrecidos por las fogatas de las frías noches, pintadas y grafitis en las paredes, un viejo colchón con signos de humedad (en el mejor de los casos) ...

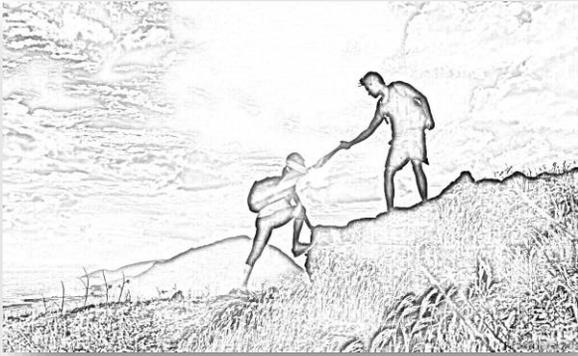
- **Bonne chance** (Que tengas buena suerte)
- **Je t'appellerai à mon retour** (Te llamaré cuando vuelva)

Su cerveza quedó a medias. No estaba de humor y parecía preocupado. Llevaba encima su mochila y mucha ropa puesta, probablemente porque no podía dejar nada en un rincón de su nueva morada por el riesgo de que desapareciese como por arte de magia.

Nos despedimos y mientras conducía hacia casa no dejaba de pensar en que mi nuevo amigo, en ese mismo instante, caminaba hacia el Infierno.

Capítulo 4

LA CONFIANZA



Al leer el título de este capítulo más de uno pensará que soy un friki de los libros de autoayuda americanos. Tranquilo, no me he adentrado aún en ese interesante mundo de los consejos enlatados. Por cierto, siempre me ha llamado la atención esto de la autoayuda. Siempre he pensado que si necesitas ayuda se la pedirás a otro y no a ti mismo, que eres, precisamente, el que necesita dicha ayuda.

Lo único que leo de momento es la sección “Sirimiri” de un afamado diario de la provincia en la que me entero de primera mano de que los perros han orinado en una farola de Alderdi-eder, de que los vándalos han pintado grafitis en una marquesina de la calle Bergara o de que los setos de Amara están desatados y crecen como si no hubiera un mañana. Esta última noticia incluye una concluyente foto

obtenida, según reza la leyenda, por el propio reportero. Y es que esto de los problemas es muy relativo, pero he de confesar que, personalmente, esta experiencia con Blanchard ha cambiado bastante mi percepción del mundo en el que vivimos y de la dimensión de los problemas que manejamos en nuestro pequeño entorno.

Pero vayamos al título de este capítulo, la confianza. La confianza puede definirse como la esperanza firme que tiene una persona en alguien o algo. Y como decían Les Luthiers hace años: “Analicemos la frase”. Para que la esperanza en alguien llegue a ser firme y sólida es necesario un buen conocimiento de esa persona ya que es muy difícil confiar en una persona que no conocemos. Y el buen conocimiento de una persona requiere relacionarse con ella y compartir experiencias mutuas. Y en el contexto de la confianza, siguiendo el razonamiento, las relaciones necesitan tiempo (otra vez la magnitud fundamental).

¿Y la desconfianza? La desconfianza debe ser sin duda lo contrario a la confianza (hoy estoy sembrao). Pero el sentimiento de desconfianza, siguiendo la lógica del párrafo anterior, se sustentará en la relación y las experiencias con esa persona. Y, por tanto, también necesita tiempo, como argumentaba al hablar de la confianza.

Pero, habitualmente la cosa no funciona así. Nos aferraremos probablemente a aquellos argumentos que fortalecen la desconfianza. Serán argumentos basados en noticias, estadísticas e incluso en experiencias previas con otras personas. Si un día nos pica una abeja, en adelante

reaccionaremos con temor y desconfianza ante cualquier bicho volador que se nos acerque.

¿Qué sentimiento debió aflorar en mi interior el día de la famosa carretilla, cuando me di de bruces con mi amigo? ¿Confianza? Siguiendo la teoría del inicio de este capítulo, no había tenido tiempo para conocer a esa persona y no tenía ninguna experiencia con él. Por tanto, no era razonable confiar en él. ¿Desconfianza? Tampoco, si seguimos la teoría que me he inventado para ofrecer un halo de seriedad a este capítulo. Y es que, no había tenido experiencias previas similares y, por otro lado, no había tenido tiempo para conocerle.

La confianza sigue siendo hoy mismo un concepto que manejo diariamente porque esta historia sigue en el momento que escribo estas palabras. Creo que la confianza se basa en la conducta que suponemos de otra persona y puede verse reforzada o debilitada en función de las acciones y reacciones de esa persona, aunque curiosamente, en último término, depende de nosotros.

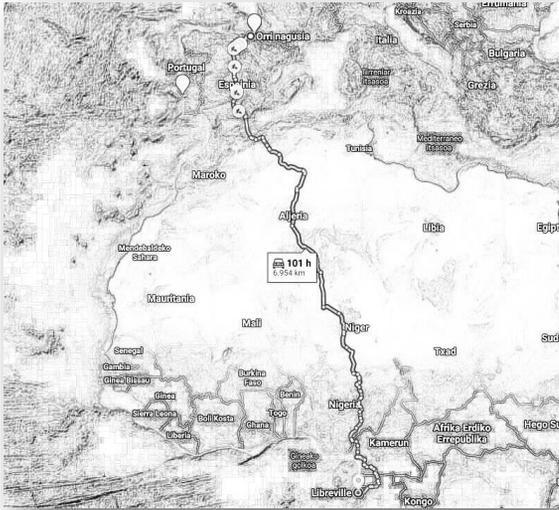
He leído alguna vez que la mejor manera de saber si puedes confiar en alguien es confiando en él. Es lo que hice en este caso. Y no me preguntes por qué. O pregunta si quieres, pero debes saber que no tengo una respuesta convincente.

Creo que esta sección no da para más, pero quiero finalizar suponiendo que alguno de vosotros, tras leer este capítulo, puede pensar que he empezado a beber patxarán

entre comida y cena. Puedo asegurar que no es así, pero también os informo de que no lo descarto en un futuro próximo.

Capítulo 5

GABON



El viaje para obtener el nuevo pasaporte duró unas pocas horas. Y no porque Blanchard montara en el TGV que une Hendaya con Paris, sino porque el viaje que contrató y no por poca pasta, se vio interrumpido en la frontera por la exquisita diligencia de los gendarmes franceses. Lo trincaron y tras comprobar que no tenía papeles lo dejaron en manos de la policía española que, tras realizarle las fotos de rigor y acomodarlo en una celda para pasar la noche, lo dejó suelto cuando clareaba el día. ¡Exitazo! Volvió a Donostia sin consulado, sin pasaporte, sin dinero y sin copia de las instantáneas de frente y perfil que amablemente le

realizaron en la comisaría de la policía nacional. Como en el juego de la oca, volvía de nuevo a la casilla de salida.

Precisamente durante esos días había leído en algún medio de comunicación que iban a desalojar a los migrantes instalados en el Infierno. Llamé a Blanchard para saber cuál era su situación. Me confirmó que entre los residentes del destartalado edificio se comentaba que al día siguiente la policía iba a “invitarles” a abandonar el edificio. Los diarios argumentaban que debían salir de allí porque, por un lado, iban a derribar el edificio dentro del plan de urbanización de la zona y, por otro, querían evitar problemas como el del incendio ocurrido en marzo de 2019 en dicha zona que se saldó con la muerte de una persona.

- **Et que vas-tu faire?** (¿Y qué vas a hacer?)
- **Je ne sais pas. Certains vont aller ailleurs et j'irai avec eux. Je ne veux pas que la police m'attrape à nouveau.** (No lo sé. Algunos van a ir a otro sitio y yo iré con ellos. No quiero que la policía me vuelva a atrapar.)

Al día siguiente, me dirigía al trabajo por la Avenida de Tolosa, pasando muy cerca de las casas del Infierno y pude ver casualmente que mi amigo estaba en lo cierto. Varios coches de la policía que viste de azul con las luces intermitentes anunciaban que en el Infierno se cocía algo. Observé a varios migrantes que hablaban con los agentes, mientras otros abandonaban el inmueble portando sus pequeñas maletas, cariacontecidos. Una veintena de jóvenes se manifestaban en las inmediaciones y portaba una

pancarta contra el desalojo que rezaba así: “Infernua bizirik! Inor ez da ilegal”. Era noviembre y los moradores de aquel lúgubre edificio debían buscarse la vida, bajo la lluvia y el frío y además en plena pandemia, sin ninguna otra alternativa para pasar la noche. Seguí mi camino abstraído en mis pensamientos y en el habitual atasco mañanero rodeado de conductores ajenos a lo que allí estaba pasando.

A los dos días recibí una llamada de Blanchard. Me decía que estaba pensando alojarse en una pensión de Loiola, pero necesitaba un dinero que no tenía. Sin pensarlo demasiado, me comprometí una vez más a ayudarlo y a estudiar su situación. Sospecho que comenzaban los problemas para mí, especialmente los económicos, pero intente obviarlos y seguir adelante por un camino cuyo destino desconocía por completo. Por un lado, encontraba consuelo al pensar que estaba contribuyendo a mejorar la situación de alguien que atravesaba momentos extremadamente complicados. Sin embargo, era plenamente consciente de que su situación no era más difícil que la de numerosas personas que observaba a diario en nuestras calles, individuos con los que, en más de una ocasión, evitaba cruzar la mirada. La diferencia radicaba en que, en este caso particular, había conocido a esa persona y probablemente confiaba en él.

Quedamos al día siguiente y paseamos por un parque cercano a la pensión en la que se había alojado. Comprobé que le gustaba la conversación. Seguramente todos estos últimos meses no había tenido la tranquilidad necesaria para hablar de lo humano y de lo divino. Hablamos sobre su

país, sobre el desalojo del Infierno, sobre su viaje hasta Europa, sobre la pandemia y sobre otras muchas cosas.

Cuando había oscurecido ya, un paseante se cruzó en nuestro camino y nos dijo: “*Gabon*”. Blanchard me miró sorprendido porque probablemente se preguntaba: ¿Ha dicho GABON? ¿Cómo conoce este tío el país del que provengo? Bueno, debo aclarar que esto último lo pensaba seguramente en francés.

Le explique sonriente el significado de la palabra “gabon” en euskera y aproveche para hablarle sobre nuestro idioma, sobre nuestro carácter y sobre algunas cosas más que parecieron interesarle. Por cierto, pensándolo bien, quizá fuimos los vascos los colonizadores que dimos el nombre a aquella recóndita zona de África. Es una hipótesis.

Le comenté la importancia del helado en nuestra ciudad, especialmente en las fiestas que se celebran en agosto. Fiestas para las que debería aprender unas cuantas palabras con el fin de realizar comentarios rigurosos durante los fuegos artificiales: japonesa, cometas, palmeras o crosettes, entre otras.

Le enseñe que cuando tuviera a mano el periódico más leído del lugar debía reparar en las esquelas, ya que eran las páginas más frecuentadas por los lectores. Aunque pensándolo bien, probablemente no vaya a conocer a nadie de los que allí aparecen. Bueno, eso espero.

No conozco África y con el objetivo de paliar en parte mi ignorancia, aquella misma noche decidí investigar en internet sobre el país en cuestión, Gabón. Se trata de una nación treinta y siete veces más grande que Euskadi, sin embargo, su población es prácticamente la misma. Su capital es Libreville y se habla mayoritariamente en francés. Vamos, que, aunque fuimos nosotros los que pusimos el nombre al país parece que, sorprendentemente, prefieren el francés como idioma. Existen unas 50 lenguas locales siendo los más hablados el fang, el mbere y el sira, cada uno con un 25-30% de hablantes. No se trata de un país pobre ya que su renta per cápita es el cuádruple de la de muchas naciones del África subsahariana (wikipedia dixit).

En cualquier caso, Gabon está lejos en todos los sentidos: nivel económico, esperanza de vida, orígenes, tradiciones (por ejemplo, ellos no tienen un alarde y aunque resulte inverosímil tampoco tocan la tamborrada los días de fiesta) y probablemente su visión del mundo sea diferente a la nuestra.

Aunque, bien pensado, no estamos tan lejos los unos de los otros; la experiencia de los últimos días me indicaba una y otra vez que somos más parecidos de lo que aparentamos a simple vista. Somos personas, del mismo reino, clase, orden, familia, tribu, género y especie. Y con las mismas inquietudes y anhelos, las mismas emociones y sentimientos y las mismas virtudes y debilidades.

Pero dejemos a un lado la poesía. Como sabéis los que perdéis el tiempo en internet como yo, una búsqueda

lleva a otra y un enlace lleva a otro y sin darme cuenta me vi calculando los kilómetros que supondría llegar a Gabón en coche desde Donostia. Debo reconocer que desde que existe la red de redes he hecho búsquedas más absurdas que ésta. Pues bien, son 6954 kilómetros (un poco menos si tomo la variante de los hospitales) que suponen 105 horas, por tanto 4 días y 6 horas aproximadamente. Vamos, como para un puente largo.

Capítulo 6

TARJETA REGALO



Ocurrió una cosa curiosa aquel día. Eran las 9:00 de la mañana de un viernes cualquiera cuando recibí un mensaje de mi amigo. Me relataba que, la víspera, sus pantalones se habían roto con la facilidad con la que se rompen todos los pantalones de hoy en día. Me explicaba que el descosido afectaba a la zona de la ingle, provocando la entrada de aire frío en territorio comanche.

Y es que los pantalones no son como los de antes. Puedes comprobarlo tú mismo. Basta con que te pongas unos vaqueros de 20 euros que hayas lavado tres o cuatro veces. Acto seguido, lanza una moneda al suelo y agáchate para recogerla. Ese pantalón sufrirá un desgarró en la comprometida zona que te describía al principio, independientemente de que el resultado sea cara o cruz. Reconociendo que la probabilidad de que salga cara es del

50% verás que la posibilidad de que el pantalón se rompa es del 100%.

La ropa no puede ser como la de antes. El patrón de consumo consiste en comprar mucho y barato. Cuando la prenda se rompe, nos hartamos de ella o incluso antes de utilizarla por primera vez la dejamos en un contenedor, pensando que tendrá una segunda vida y será aprovechada por alguien que realmente la necesita. Esta creencia permite purificar nuestra conciencia en las limpias aguas de la caridad antes de encaminarnos de nuevo a la tienda de turno para hacer nuevas compras. Pero la realidad es que esa ropa termina formando montañas en enormes basureros de muchos países del sur global.

Debo aclarar que por distintas razones (he apuntado ya alguna) ir a comprar ropa no se encuentra en la lista de mis deportes favoritos. Siempre me ha parecido una actividad desagradecida y con tintes estresantes. Sufro cuando al entrar en una tienda me preguntan amablemente si me pueden ayudar. Me incomoda cuando insisten en que me pruebe esa prenda que me parece horrible bajo la promesa de que “ya verás que bien te queda puesta”. Me agobio cuando tras decidir qué prenda voy a comprar alguien sugiere que “esa otra es mucho más bonita y te sentará mejor”. Lo dicho, no me apasiona porque me siento como un besugo en la mitad de la Bardena Real.

Tras leer el mensaje y visualizar por un momento que acompañaba a mi amigo a una tienda de ropa en plenas

rebajas de invierno, descarté por completo la idea entre sudores fríos. ¿La solución? La tecnología.

Web - Tarjeta regalo - Tarjeta regalo electrónica - Elige la cantidad - Añadir - Compartir - Receptor - Acepte las condiciones de compra - No ha aceptado las condiciones de compra - La madre que te parió - Carrito de la compra - Pagar - PayPal - Password - La clave no es correcta - Ahora es un poco más correcta pero sigue siendo incorrecta- Gracias por su compra - Aquí tiene su enlace - Comparta este enlace - Gracias de nuevo por su compra - Que sí, joder - Haga aquí el seguimiento de su compra.

Y listo. Fácil. Tras unos 55 minutos de pelea con el ordenador de sobremesa (y es que no va a estar sobre el suelo) tenía todo listo. Envié el dichoso enlace a mi amigo explicándole que no hacía falta que yo le acompañase, que bastaba con enseñar el código que aparecía en la tarjeta regalo para llevarse de la tienda sus nuevos pantalones. A esto le llamo yo un dos por uno: él tendría su nueva prenda y yo no tendría ninguna necesidad de adentrarme en el inhóspito mundo de los centros comerciales.

Al día siguiente Blanchard fue a la tienda en cuestión con la tarjeta regalo a buen recaudo en su teléfono.

- **Aquí pantalón, esto tarjeta de regalo de amigo** - le diría algo así a la simpática dependienta. A continuación, imagino que le explicó en francés lo de la tarjeta regalo y seguramente la vendedora le entendió perfectamente ya que en esa tienda se

prodigan más los del otro lado de la frontera que los locales. Sin embargo, tras una conversación que no llegaba a ningún lado, le informaron de que no podía llevarse los pantalones con esa tarjeta regalo que yo le había enviado.

- **En el centro hay otra tienda de la misma cadena. Prueba allí** - le contesté en un mensaje después de leer lo sucedido. Y es lo que hizo esa misma tarde. Mostró a otra simpática dependienta la tarjeta regalo y el recibo del pago que le hice llegar a través de otro mensaje. Tampoco. La chica alegaba que esa tarjeta regalo era francesa y eso que estaba escrita en un perfecto castellano. Le hizo reparar en el logotipo de la tienda aduciendo que era distinto del oficial. O algo así.
- **No tengo pantalón, mujer de la tienda no quiere. Yo iré contigo más tarde.** - y se quedó tan tranquilo mientras me recorría el cuerpo un escalofrío difícil de describir.

Aquella situación requería una rápida solución. Me armé de valor y dejando a un lado la tecnología tomé dos decisiones. Por un lado, quedé con él para darle la pasta en mano, con el fin de que fuese él, solito, a comprar los dichosos pantalones; y por otro, decidí hacer un pequeño experimento: una persona de la familia, más curtida que yo en el asunto de las compras, iría a la misma tienda, con la misma tarjeta de regalo e intentaría comprar algo.

Mi amigo, tras enseñar el dinero contante y sonante, no tuvo ningún problema para llevarse sus nuevos pantalones. Por cierto, los pantalones estaban rasgados y descosidos y así se lo hice saber en cuanto se los vi puestos. Me explicó que se trataba de unos “ripped jeans” pero sus explicaciones no consiguieron que yo viera otra cosa distinta a unos pantalones agujereados.

En cuanto al experimento, la persona encargada de ir a la tienda mostró la tarjeta regalo a la dependienta y no tuvo ningún problema en comprar otra prenda. Como podéis ver, los “ripped jeans” me salieron caros entre la tarjeta de marras y el dinero en efectivo. Y encima estaban rotos.

Después de aquella experiencia, me hice algunas preguntas: ¿quizá mi amigo no explico correctamente lo que quería? ¿Quizá las dependientas no entendieron bien aquello que mi amigo les quería explicar? ¿Quizá no quisieron entenderlo? ¿Quizá la dependienta estaba agobiada de trabajo y no tenía tiempo para atender a mi amigo? ¿O quizá, quizá? Cada uno que saque sus propias conclusiones. Yo ya tengo la mía.

Capítulo 7

LA FAMILIA Y LOS AMIGOS



Me imagino que la persona que engaña a su pareja debe tener una sensación parecida a la que yo sentía aquellos días. Lo repito por si acaso, me lo imagino. Y es que comencé a realizar movimientos extraños ante los ojos de los más allegados: entradas y salidas de casa a horas intempestivas, frases como “llegaré más tarde”, llamadas de teléfono no contestadas en público y alguna otra situación comprometida. Me reunía periódicamente con Blanchard para ayudarlo en la gestión de su nueva situación: documentación, información y necesidades básicas entre otros asuntos. Muchas veces iba en bicicleta hasta su pensión para proporcionarle comida y charlábamos en el exterior del alojamiento.

Me llamó la atención desde el principio que Blanchard hablaba con conocimiento de causa sobre muchos temas de actualidad. Es una persona a la que le interesa la política, la economía y tiene un buen conocimiento de los múltiples conflictos mundiales, especialmente los africanos. Defiende con vehemencia sus propias teorías respecto al orden mundial, a las grandes potencias económicas o a los países pobres.

Lo que más me gustaba era cuando compartía sus vivencias sobre su país, de los bosques inmensos, de la vida en las aldeas o en la capital y especialmente cuando describía los animales salvajes: un elefante que se cruza en el camino, antílopes para almorzar, arañas que no entran por la puerta (a veces es un poco exagerado), monos aulladores y un sinfín de animales y bichos que poblaban los bosques de Gabón.

Llego el día en el que pensé que era necesario plantear la situación en casa. Hablé con mi familia e intenté explicarles todo esto que acabas de leer, obviando, por supuesto, los malos chistes y algunos detalles. Tras la incertidumbre inicial y las dudas lógicas que planteaba la situación llegó el momento de que conociesen a Blanchard. La pandemia y las restricciones de interrelación social del momento retrasaron el encuentro, pero un día, recuerdo que era antes de Navidad, vino a nuestra casa y conoció a todos los que vivimos en ella. Fue un encuentro curioso y novedoso para todos, tanto para los adultos como para los más jóvenes. Se expresaba utilizando el poco castellano que

conocía en aquel momento, o hablaba directamente en francés para que yo actuara como traductor simultáneo.

He de reconocer que mi amigo con su alegría y su espontaneidad supo ganarse a todos desde el primer momento (comprobé que además del GPS, éste era otro apartado que domina a la perfección).

Analizando el proceso con la perspectiva que ofrece el tiempo transcurrido tengo que decir que Blanchard ha tenido una familia en nuestra casa. Incluso puedo pensar que en la actualidad, quizá, seamos su única familia.

- **Blanchard...**
- **Oui?**
- **Si ça continue comme ça, je serai celui qui va émigrer.** (Si esto continúa así seré yo el que tenga que emigrar)

Blanchard se reía, con cara avergonzada. Le gustan las bromas. Estaba conociendo el humor rudo y sarcástico de los vascos. Por supuesto, no conmigo.

- **Manu, je suis convaincu que les choses changeront avec l'aide de Dieu** (Manu, estoy convencido de que las cosas van a cambiar con la ayuda de Dios)
- **Dieu? Il n'a pas montré de signes encore...En ce moment c'est moi qui fais le boulot.** (¿Dios?)

No ha aparecido todavía. Soy yo el que está haciendo el trabajo)

- **Oui c'est vrai** (Si, así es)
- **Bien que...peut-être qu'il m'a envoyé pour vous aider...** (Aunque quizá me ha enviado para ayudarte...) - le dije con tono irónico.
- **Oui, peut être...** (Sí, puede ser...)
- **Je pensais qu'à partir de maintenant tu devrais m'appeler Arcangel San Manuel, qu'est-ce que tu penses?** (Estoy pensando que quizá, a partir de ahora me tienes que llamar Arcángel San Manuel, ¿qué te parece?)

Esta última frase dibujó una sonrisa en su rostro y eso tenía su mérito en aquellos momentos. Blanchard es un tipo que ha crecido en la cultura y la fe cristianas por lo que sus referencias a Dios eran habituales. Por otro lado, y quizá en relación con lo anterior, algo que me ha llamado poderosamente la atención es su conformismo ante las adversidades y sus constante referencias al destino. *“Pero está así, qué vas a hacer”* era una frase que repetía con frecuencia. Por cierto, en su incipiente castellano no distinguía el verbo “ser” del verbo “estar” lo que imprimía un carácter especial a su nueva forma de expresión.

Salvado, en principio, el primer escollo había otro problema que me mantenía en vilo y estaba directamente relacionado con la familia: el pecunio, o sea, la pasta. Ésta era la situación: se alojaba en una pensión, necesitaba comida y ropa y no tenía ningún ingreso. Todo esto suponía una carga económica importante para una familia como la

nuestra, con hijas en edad de gastar y un grupo humano con muchas de esas necesidades que nos hemos creado la gente del primer mundo. Era necesario encontrar un cauce a una situación que podía prolongarse en el tiempo. Dándole vueltas al asunto pensé en mis amigos.

Creé un blog en el que comencé a explicar la situación mediante textos que son la base de todo esto que estás leyendo. Comencé por presentar a mi nuevo amigo y describía los pasos que íbamos dando para conseguir su regularización. Tras los prolegómenos y las explicaciones pertinentes llegó el momento de pedirles ayuda.

En mi tierna infancia fui monaguillo en la parroquia de mi pueblo. Y como todos los domingos, en un momento determinado de la misa, debíamos pasar una bolsa entre los asistentes con el fin de recaudar fondos, no sé exactamente para qué. Habitualmente, extendíamos el brazo de manera que los fieles depositasen lo que consideraban conveniente en aquel zurrón horrible de fieltro azul y rojo. Pero me llevé un gran susto cuando, un día, la primera persona de la fila me quitó aquella bolsa y la fue pasando al siguiente, y el siguiente al siguiente. Menos mal que aquel saco llegó en sentido contrario hasta mis manos por el mismo camino que utilizó para alejarse de mí. Había cambiado la costumbre a la hora de pasar el cepillo y yo no me había enterado.

Un día, antes de la misa mayor, me quedé mirando fijamente al hábito que llevaba puesto y comprobé que el final de la sotana que hace unos años alcanzaba mis tobillos, ahora no estaba muy lejos de mi rodilla. Aquel mismo

domingo decidí colgar la sotana, aunque no recuerdo si realmente se cuelga cuando dimites de monaguillo.

Utilicé esta pequeña anécdota para pedir la ayuda de mis amigos. Les explicaba que Blanchard estaba tramitando su empadronamiento en Donostia, que estaba en una pensión que había que pagar (como curiosamente ocurre en muchas pensiones), que no conocía a nadie en la ciudad y que no tenía dinero para hacer la compra o para adquirir ropa. Y les pedía ayuda de cualquier tipo; comida, vestimenta, dinero, trabajo, ánimos o simplemente conversación. Y terminaba diciendo que, efectivamente, tras muchos años de ausencia, retomaba el papel de monaguillo y recuperaba aquella bolsa de fieltro horrible por una causa que consideraba justa y que podía ser enriquecedora para todos. Incluso hice una pequeña canción en clave de humor que grabé para animar la campaña.

No estaba acostumbrado a pedir dinero y he de confesar que se me hizo muy cuesta arriba. Pero me armé de valor porque pensé que era una buena manera de ayudar a mi amigo, de facilitar la participación de mis amigos en la causa y de evitar problemas financieros en nuestra familia. Tiré de humor y de Nuevo Testamento para pasar el mal trago. Reproduzco a continuación lo que les escribía a mis amigos en el blog en relación el tratamiento que daría a sus aportaciones:

- *Tus aportaciones serán VOLUNTARIAS. Lo que quiero decir es que no debes sentirte obligado a ayudar. No creo que hayas descubierto el problema*

de la inmigración a través de este blog. Quizá colabores, como no hago yo, con alguna ONG o es posible que no te interese nada de esto que planteo. Por tanto, me gustaría que cada uno haga lo que le parezca sin sentirse presionado en ningún momento.

- *Tus aportaciones serán ANONIMAS. Me parece lo más adecuado. He valorado otra opción: encargar una placa de mármol con el nombre y dos apellidos de todos los que colaboréis. Pero he descartado la idea tras llamar a la marmolería y preguntar por lo que saldría una losa estándar con vuestro nombre completo en bajo relieve. ¡Hay que ver lo caro que está el mármol! Además, el hecho de que la ayuda sea anónima no es una ocurrencia mía. Hace ya unos años, el propio San Mateo tuvo claro que debía ser así (Mateo 6:1-4): "Cuando des limosna, no toques trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres. Pero tú, cuando des limosna, que no sepa tu {mano} izquierda lo que hace tu derecha." Por cierto, si os fijáis el apóstol, como el que no quiere la cosa, envía además un claro aviso a todos los trompetistas para que no toquen. Pero siguiendo con el anonimato y como comprobaréis al final, incluso el autor de este escrito utiliza un seudónimo indescifrable con el fin de no ser reconocido.*

- *Os aseguro que administraré la AYUDA de la mejor manera posible. Y si no os fiáis de mí siempre podréis leer el capítulo LA CONFIANZA en este mismo blog. Quizá y sólo quizá os quedéis más tranquilos.*

Fray Manuel

Y tras escribir la entrada en la web, llegó la cooperación incondicional. Y me sentí reconfortado y orgulloso, no tanto por la propia ayuda sino por comprobar que tenía grandes personas a mi alrededor.

Capítulo 8

SI ESO VETE TU QUE A MI ME ENTRA LA RISA



- **Et que pensez-vous du vaccin?** (¿y tú qué piensas de la vacuna?) - me preguntó como el que no quiere la cosa.
- **Je pense que cela peut être une solution à ce problème. Désormais, toute personne infectée aura moins de symptômes et moins de risques de tomber gravement malade.** (Creo que puede ser una solución al problema. A partir de ahora, la persona que se contagie y esté vacunada tendrá menos síntomas y menos posibilidad de enfermar gravemente) - le contesté convencido.

Por cierto, una pequeña confesión. Al escribir mensajes en francés a mi amigo tiraba del traductor de la empresa de las dos “oes”; no vayáis a pensar que pasé mi infancia en el barrio de Montmartre de París.

Corría el mes de febrero de 2021. En España se contabilizaban 3.133.122 casos confirmados y 67.101 fallecidos. En Euskadi se hablaba de “cuarta ola” por el repunte de casos que se había dado tras las navidades de 2020 y que coincidió con la llegada de las primeras dosis de la vacuna contra el SARS-Cov-2. Las noticias de aquellos días daban su minuto de gloria a Begoña, Consuelo y Bernardina. Entre las tres sumaban 259 años de vida y fueron las primeras en recibir la dosis de la vacuna de Pfizer/Biontech.

Nuestro amigo recelaba de las vacunas e incluso del origen de la pandemia. Me gustaba escuchar sus teorías con tintes conspiranoicos que probablemente exageraba para estudiar mis reacciones. Algunos días ponía en duda la propia existencia del virus y otras veces culpaba a las farmacéuticas de crear una psicosis mundial para, a continuación, hacer su particular agosto.

Tras su primera pregunta en relación con la vacuna observé su rostro de niño malo y supe que venía una nueva interrogante:

- **Allez-vous vous faire vacciner?** (Y tú, ¿te vas a vacunar?)

- **-Bien sûr, je pense que c'est la meilleure option, penser à moi et penser à la communauté** (Claro que sí, creo que es la mejor opción, pienso en mí y en la comunidad) - le respondí con tono tajante.

En aquellos días la pregunta que me hacía Blanchard era recurrente en la calle. Mucha gente dudaba de la eficacia de la vacuna y temía que no fuera segura y provocase efectos secundarios no deseados. Circulaban por las redes mensajes y vídeos que endosaban a las vacunas todo tipo de efectos nocivos y catastróficos, como si se tratase de las siete plagas bíblicas (¿o eran diez?). Y mi amigo se interesaba mucho por los pormenores de la pandemia, pero, le atraían las explicaciones truculentas que inundaban el ciberespacio.

Tras su pregunta, intuí su deseo de ser un observador directo de lo que le pasaba a un tío que se vacunaba (o sea, a mí). Estaría pendiente de posibles cambios en el color de la cara que tendiesen hacia el verde o de un cambio repentino en el tamaño de las orejas o de la salida de humo por mi nariz. Y si, pasadas unas semanas nada de esto ocurría, entonces, y sólo entonces, valoraría la opción vacunarse.

Le hablé de la nueva generación de vacunas basadas en ARN mensajero y su potencialidad en otros campos de la medicina. Le hice ver la importancia de la ciencia y la investigación en momentos de crisis como los ocasionados por este virus. Le hablé además de la conciencia colectiva, de lo importante que era pensar en la sociedad por encima del interés propio, especialmente en la situación que vivíamos

en aquellos momentos. Le dije que me parecía muy egoísta por su parte esperar a los efectos adversos de la vacuna en las personas que decidían su inoculación. Afirmé con vehemencia que su posición era dudosamente ética.

Me seguía mirando con una leve sonrisa, pero yo me sentí orgulloso de la lección moral que había ofrecido, y además gratis, a mi joven interlocutor. Pero, como veréis, los acontecimientos suelen seguir caminos inescrutables.

Al día siguiente vino a casa y hablábamos de sus posibilidades de trabajo. Le pregunté por sus habilidades, por sus ocupaciones previas y, sobre todo, por sus intenciones. En un momento de la conversación, me dijo que tenía cierta habilidad cortando el pelo y afirmaba que una peluquería podría ser una salida laboral interesante para él.

- ***J'ai une tondeuse à cheveux. Demain j'essaierai avec toi et tu verras à quel point je suis bon Je me suis coupé les cheveux moi-même et regarde le résultat.*** (Tengo una máquina para cortar el pelo. Mañana probaré contigo y verás lo bueno que soy. Me he cortado yo mismo el pelo y mira el resultado.)- me dijo convencido.

Le mire el pelo tal y como me había pedido: en la parte superior sobresalían unos churros que se asemejaban a un brócoli en plena temporada y en la parte inferior se apreciaba el pelo rasurado al cero gracias a la famosa máquina que me había descrito previamente. Visualice por

un momento que me despertaba a las 6:50 de la mañana y, ante el espejo, aparecía con un peinado similar al de mi amigo.

- ***Blanchard, tu ferais mieux d'essayer d'abord quelqu'un d'autre et je vois le résultat*** (*Sería mejor que probases primero con algún otro y así veo primero el resultado*) - le dije con suavidad.

-

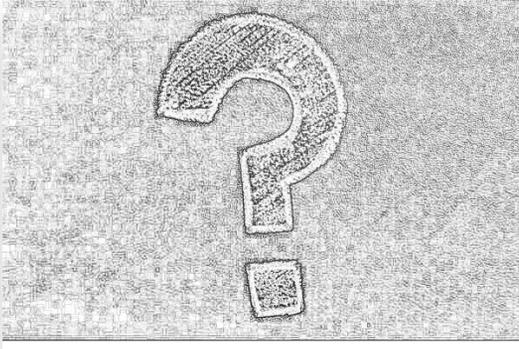
Tras un silencio incómodo llegó su respuesta:

- ***Oui, como las vacunas ¿no?*** - pregunto en un perfecto castellano mientras escrutaba mi cara buscando el mínimo gesto. Ahí me había dado el tío.

Aunque no se prodigan, hay días que tienen un buen final y aquél fue, sin duda, uno de ellos. Casualmente apareció en casa ese día un joven de la familia que, en su inconsciencia, aceptó la propuesta del presunto peluquero para que le cortase el pelo. Blanchard tomaba la máquina de esquilarse con su mano izquierda mientras que con la derecha colocaba la cabeza del voluntario en la mejor posición posible. Yo observaba con asombro la caída de verdaderas matas de pelo mientras el profesional y el cliente charlaban animadamente. El resultado de la operación fue, cuando menos, discutible. Pero lo que es indiscutible es que yo conseguí salir airoso de aquella embarazosa situación.

Capítulo 9

EL PORQUE



- **¿París? ¿Pero conoces París?** – le pregunté mientras hablábamos del presidente de la república francesa que aparecía sonriente en la foto de portada de un diario.
- **Sí, yo estar allí unos años estudiando informática.**

¿Estudiando? ¿En París? ¿Informática? Reconozco que su afirmación me sorprendió. Pero desde hacía unas semanas intuía que no era un migrante al uso. Era una persona informada, con criterio y opinión sobre muchos temas de actualidad mundial y europea, hablaba inglés, manejaba las nuevas tecnologías con destreza y conocía, por ejemplo, marcas de ropa que personalmente no sabía ni que

existían, aunque os aseguro que esto último no tiene demasiado mérito.

Las personas que toman la decisión de abandonar su lugar de origen lo hacen impulsadas por diversos motivos. Los problemas políticos (guerras, golpes de estado, violencia política...), provocan la salida del país de muchos seres humanos. Hace unos meses se ha producido un golpe de estado en Gabón, pero la situación política era estable cuando Blanchard huyó de su país. Por tanto, no parece que ésta sea la causa de su huida.

El nivel de desarrollo económico de un país incide directamente en la calidad de vida de sus habitantes. Los países con crisis económicas graves o directamente pobres suelen ser un caldo de cultivo de procesos migratorios, ya que sus habitantes deben desplazarse buscando mayores ingresos con el objetivo de alcanzar una vida digna.

Como decía en un capítulo previo, Gabón no es un país pobre. Posee yacimientos de uranio, manganeso y petróleo. La masa forestal de Gabón abarca el 85% del territorio nacional por lo que no es de extrañar la relevancia de la actividad maderera del país. La madera ocupa el segundo puesto en las exportaciones del país por detrás del petróleo. Leo además en Wikipedia que se capturan anualmente 43.931 toneladas de pescado al año. No entiendo demasiado de pesca, pero parece tratarse de una cantidad nada desdeñable. Nuestro amigo no encaja en el supuesto de la pobreza extrema ni tampoco se intuyen desastres naturales que le hicieran salir de su país.

Otra posibilidad que me rondaba la cabeza era la de la huida a raíz de algún hecho delictivo perpetrado en el país de origen. Por circunstancias posteriores, he descartado que la causa fuese de este tipo y, además, era algo que Blanchard negaba con rotundidad. Acordaos de la confianza.

Pero llegados a este punto, cualquiera de vosotros se estará haciendo las mismas preguntas que en su día me hice yo:

¿Por qué salió nuestro amigo de Gabón?

¿Por qué adentrarse en el mundo del remo precisamente en el peligroso estrecho de Gibraltar jugándose la vida como en una ruleta rusa?

¿Por qué ha estado dispuesto a sufrir tanta miseria y penuria desde que entró en Europa?

¿Por qué vivir tan lejos de la tierra que le vio nacer?

He pasado suficiente tiempo con él como para conocer su vida y sus andanzas. Nos ha contado muchas historias relacionadas con su país, su cultura, formas de vida, las costumbres, su familia, su infancia... Pero siempre que hablábamos del porqué de su salida del país, directa o indirectamente, su actitud nos trasmitía una cierta sensación de tristeza y malestar. Por ese motivo, nunca le hemos planteado directamente la pregunta acerca de la razón de su viaje a Europa.

Pero con todo ese material que fui recogiendo en nuestras tertulias, imaginé una película cuyo guion respondía de manera más o menos satisfactoria a todas las

preguntas que he planteado anteriormente. No me parece correcto hablar públicamente de la vida de mis amigos, pero también creo que esta información te va a permitir entender mejor todo lo que vas a leer en estos capítulos.

Con su permiso, puedo decirles que Blanchard es una persona que tuvo una buena posición social en su país. Pertenecía a una familia acomodada en la capital. Su padre era ingeniero en una importante empresa del país y era dueño de diversas propiedades. Estudió en un internado cuando era pequeño y de joven, como escribía antes, viajó a París para cursar estudios de informática. Pero tras un extraño y no aclarado accidente que sufrieron sus padres quedó huérfano. A partir de ese momento nos aseguraba que no se encontraba seguro en su país, especialmente al intuir extraños movimientos en su contra por parte de su entorno más cercano.

Los terrenos, las propiedades y los problemas familiares pueden estar detrás del viaje de Blanchard hacia Europa. Estas podrían ser las razones que le empujaron a emprender un viaje que, en el momento que escribo estas palabras, continúa.

No lo sé, quizá algún día me cuente con detalle el porqué de su huida. Quizá algún día nos sentemos y conversemos con la confianza que imprimen en el alma los años compartidos y, sobre todo, con la tranquilidad de no tener que ir al trabajo porque es sábado. Aunque, en realidad, ¿es necesario conocer el porqué de su viaje? ¿o sí lo es? ¿o quizá sí pero quizá no? Los únicos datos objetivos

que manejaba eran los siguientes: había arriesgado su vida para salir de África y necesitaba ayuda. Me desconcertaba saber que no huía de la miseria ni de la pobreza. Me extrañaba que hablase un inglés, además del francés, el fang y algo de árabe que aprendió durante su estancia forzosa en Marruecos. Me parecía curioso que hablando un perfecto francés y una vez en Europa no quisiese ir a trabajar a Francia.

Cuando desperté de aquellos sesudos análisis con los que me estaba liando bastante, le miré fijamente y exclamé:

- **Joder!!**
- **¿Qué pasa txabal?** – me dijo en perfecto castellano
- **¡O sea, que nos ha tocado el pijo!** – le pregunté mientras le miraba fijamente
- **Qui, moi “pijo”?** (¿Yo pijo?) **¿Qué es pijo?** – me preguntó con cara de curiosidad.
- **C'est un concept difficile à définir, mais avec le temps tu le sauras. Surtout si tu es toujours dans cette ville. Ne t'inquiète pas.** (Es un concepto difícil de definir, pero a medida que pase el tiempo lo irás sabiendo. Sobre todo, si sigues en esta ciudad. No te preocupes.)

Capítulo 10

ARTISTA



- **Hoy mucho frío. Mañana no sabe.** -fue su primera frase de la mañana.

Tras unos segundos mirándole seriamente le pregunté:

- **Tu as vu des films des cow-boy et des indiens?** (¿Has visto películas de indios y vaqueros?)
- **Oui, claro. ¿Por qué?** - me respondió levemente ofendido.
- **Parce que ton espagnol est comme celui de Taureau Assis** (Tu castellano es como el de Toro Sentado)
- **??** (Realmente no dijo nada, pero puso cara de interrogación un par de veces)

Le explique, en francés, el porqué de la pregunta cinematográfica que le había formulado. No pudo contener

la risa, pero no por lo bueno que era mi chiste, que lo era, sino más bien porque le divertía mi pronunciación francesa que no se parecía en nada a la que escuchó en París o a la que el mismo utilizaba. Por lo tanto, empate.

Su castellano mejoraba día a día, pero en cierto modo resultaba bastante gracioso. Era la perfección en la imperfección. Me apenaba el hecho de que con el paso del tiempo llegase a percibir sus propios errores lingüísticos y los corrigiera. Sin embargo, mi amigo era consciente de que el dominio del idioma le abriría muchas puertas y se empeñaba en utilizarlo en cualquier situación. Lo intentó también con el euskera acudiendo a unas cuantas clases organizadas por el ayuntamiento y aunque no llegó muy lejos en su aprendizaje, hoy en día, utiliza con soltura las pocas palabras que se grabaron en su disco duro: “gabon”, “egun on”, “zer moduz?”, “jakina”, “ongi eta zu?” y “ondoloin” (buenas noches, buenos días, ¿qué tal?, por supuesto, bien, ¿y tú?), entre otras.

Aquella mañana de sábado quedé con él para visitar Orio. Nuestro amigo mostraba un gran interés por todo lo que le rodeaba. Siempre estaba dispuesto a descubrir parajes naturales, montañas y pueblos intentando con sus preguntas comprender las claves de nuestra forma de vida y de nuestro entorno. Al llegar a Orio, me propuso grabar un vídeo asumiendo el papel de un intrépido periodista. Quería mostrar a sus amigos dónde estaba y deseaba aparentar cierta familiaridad con el lugar y con las costumbres locales.

Observando su actitud detectaba cierto postureo en su comportamiento. Creo que quería hacer ver a sus amigos y conocidos que la vida había mejorado para él desde que dejó su país natal. Supongo que es un comportamiento común entre los migrantes, quienes intentan mostrar de alguna manera el éxito de su viaje y el acierto en la decisión que les trajo hasta aquí. Aunque pensándolo bien, su actitud no era muy diferente a la de cualquiera de nosotros, que enviamos fotos y vídeos en los que se destaca lo positivo de nuestras experiencias y la belleza de los lugares que visitamos aparentando que todo marcha sobre ruedas.

Comenzamos a caminar por las calles del pueblo costero. De vez en cuando me hacía parar y me pedía un breve resumen de las cosas que tenía a su alrededor con el fin de explicarlas en la siguiente grabación. Tras un breve ensayo, me avisaba de que estaba listo. Mientras yo capturaba la escena, él hablaba con la elocuencia de alguien nacido en la villa de San Nicolás. Capturamos distintas escenas en los lugares más emblemáticos del pueblo, nos tomamos una cerveza y volvimos a casa. Tras la comida, comenzamos a editar el vídeo y durante el proceso mi amigo expresaba su confianza en que un canal propio en una conocida plataforma social generaría un gran interés y un rápido aumento del número de seguidores. Fantaseaba con la perspectiva de dedicarse a explorar la región, filmar vídeos y obtener ingresos con esta actividad, compartiendo así el mismo sueño que muchos jóvenes y no tan jóvenes experimentan en la actualidad.

Ser “influencer” es una ocupación que se asocia a la creatividad, a la visibilidad, a alcanzar una audiencia global

y a la posibilidad de ganar dinero dando opiniones y consejos. Me imagino que se trata de influir sobre otras personas con el fin de motivarles y guiarles hacia ciertos comportamientos o actitudes. Pero veo que, en muchos casos, los influyentes intentan condicionar el pensamiento o el comportamiento de otras personas con el objetivo de satisfacer necesidades personales o directamente, de obtener ventajas sobre los demás. En cualquier caso, se trata de influir. Esto que parece tan novedoso estaba ya inventado mucho tiempo atrás. Los profetas se consideraban mensajeros divinos con la capacidad de transmitir revelaciones o predicciones sobre el futuro. Los charlatanes de la edad media vendían remedios o elixires milagrosos prometiendo curas para infinidad de enfermedades. Y sin ir más lejos, los políticos intentan influir en las convicciones de los ciudadanos y prometen lo que no está escrito, emulando a los profetas y a los charlatanes.

Ya sé, me estoy desviando del tema. No he podido evitarlo. Estas son las reflexiones de un tipo de cierta edad que desde su atalaya intenta influir lo menos posible en el comportamiento de las personas y por otro lado intenta analizar y poner en tela de juicio todo lo que se le presenta antes de ser influido. Vamos, el típico cascarrabias que afirma categóricamente que la verdadera MUSICA, con mayúsculas, se hacía en la década de los setenta y ochenta y que todo lo que se produce en la actualidad no vale gran cosa o es una burda copia de las canciones de entonces.

- **On pourra enregistrer une chanson un de ces jours** (Podríamos grabar alguna canción un día de

éstos) - me soltó una vez que vino a comer con nosotros y me vio editando una canción con el ordenador. Sabía que yo era aficionado a la música y que grababa de vez en cuando melodías acompañadas de alguno de los instrumentos que tenía en casa.

- **Pas de problème, mais quel genre de musique aimez-vous?** (No hay problema, pero ¿qué tipo de música te gusta?) - le respondí temiéndome lo peor.
- **J'adore le rap. Je me sens très identifié à ce type de musique.** (Me encanta el rap. Me siento muy identificado con este tipo de música.) - toma MUSICA con mayúsculas, me dije una vez más para mis adentros.

Nunca me ha gustado el rap. Sobre una base instrumental rítmica que se repite y se repite el vocalista canta o recita rimas, improvisadas en ocasiones, que cuentan historias o experiencias de vida, que se funden con el tempo de la canción. Vamos, como un bertsolari que en vez de vivir en el barrio de Uharte de Amezketta vive en el Bronx. pero con la diferencia de que al bertsolari, al menos, le entiendo.

- **Actuellement, le rap est plus commercial. J'aime plus le rap vindicatif** (Actualmente, el rap es más comercial. Me gusta más el rap reivindicativo)

- **Si tú lo dices, así será** - volvía a hablar en mi interior, sin decir nada y asintiendo levemente con la cabeza.
- **Tú vas a ver qué bien canto yo.** - me dijo muy serio. Seguro que estaba convencido de que en esto también era el mejor.

Y el tío se buscó una base instrumental en internet, la descargó y como el que no quiere la cosa se puso a cantar improvisando la letra. Aunque más que cantar recitaba. Improvisaba la letra y eso tenía su mérito. Sin embargo, me percaté enseguida de que había un problema: las letras reivindicativas se cantan contra algo que se considera injusto, pero pierden su valor si el que las oye no entiende un carajo, como ocurría en mi caso. Y esa tarde y en sesiones posteriores grabamos un par de canciones en las que contaba su vida, su viaje y sus problemas. Creo. A una le llamé “Rap Basque” y a la otra “Nouveau depart” (Podría ser “Nuevo comienzo”).

Apreciaba la encantadora mezcla de ingenuidad e ilusión que definía a mi amigo. Quizás, en ciertos momentos, Blanchard me recordaba a mí mismo en mi juventud; aunque pensándolo mejor, creo que aún conservo esas mismas cualidades, siendo este libro un claro testimonio de lo que estoy diciendo. No obstante, con la perspectiva que me ofrecen los años que he compartido con mi amigo, me doy cuenta de que su fervor y su candidez lo han expuesto a numerosos problemas, complicando considerablemente su vida. La suerte, o más bien la falta de ella en este caso, también ha jugado en su contra. Pero eso es otra historia.

Capítulo 11

EL FUTBOL



- **Vous ne le croyez pas, mais je joue très bien au football** (Tú no te lo crees, pero yo soy muy bueno jugando al fútbol) - me lanzó un día que veíamos un partido de fútbol de la Real Sociedad en la televisión. El equipo donostiarra se convirtió en poco tiempo en su club favorito y no se perdía un partido de los blanquiazules.
- **Si vous étiez très bon, vous seriez arrivé à l'aéroport de Hondarribia en jet privé et 20 journalistes vous attendraient. Et je ne pense pas que ce soit votre cas.** (Si fueses muy bueno

hubieses llegado al aeropuerto de Hondarribi en un avión privado y habría 20 periodistas esperándote. Y no creo que fuera tu caso.)

- **¡Qué cabrón!** – me decía mientras soltaba una carcajada.

A Blanchard le gusta jugar al fútbol. Conoce el nombre de muchos más equipos de los que yo soy capaz de nombrar y el de muchos de los jugadores que compiten en las ligas europeas. De vez en cuando veíamos partidos de fútbol en casa y sus comentarios futbolísticos eran técnicos y bastante convincentes. Casualmente, el futbolista Aubameyang, hijo de gabonés y madre española afincada en Francia, fichó por el Barcelona en el mercado de invierno de la liga de la temporada 2022-2023. Nuestro amigo disfrutó con los trece goles que marcó durante los siete meses que jugó con el Barça. Pero quizá reflexionaba en más de una ocasión sobre la injusticia que suponía la triunfal llegada de un extranjero para jugar al fútbol en contraste con la entrada a escondidas y por la puerta de atrás de Europa de personas que, como mi amigo, no tenían derecho de hacerlo.

Un día me comentó que había empezado a entrenar con un equipo local dos veces por semana. Se le veía realmente ilusionado y con ganas de mostrar su verdadera valía balompédica. Probablemente lo iban a federar y de esa manera podría jugar partidos oficiales con un equipo que, por mucho que le preguntaba, no llegaba a saber su nombre:

- **Mais avec quelle équipe vous entraînez-vous?**
(Pero ¿con qué equipo entrenas?)

- **La vérité est que je ne suis pas sûr** (la verdad es que no estoy muy seguro) – me contestó con una tranquilidad pasmosa. Aunque pensándolo bien, muchos de los futbolistas actuales responderían lo mismo, ya que cambian de equipo como de camisa. Pero no era el caso.
- **Mais où diable vous entraînez-vous?** (Pero ¿dónde diablos entrenas?)
- **Là, au sommet d'une colline, en suivant un chemin étroit et sinueux.** (Allí, en lo alto de una colina, siguiendo un camino estrecho y sinuoso.)

Este tío entrena en el Adarra, pensé una vez más para mis adentros. Pero más tarde comprobé que no era así y vi que la explicación del txabal no iba mal encaminada.

Un rasgo característico de mi amigo y sospecho que, por extensión, el de muchos africanos es la falta de concreción en las cosas. A mí me parecía increíble que el tío no conociese el nombre del equipo con el que entrenaba. O que no supiese con exactitud la hora a la que había quedado o el lugar exacto al que debía ir. Se conformaba con las ideas generales de las situaciones, pero le costaba mucho más concretarlas. Probablemente esa concreción está más vinculada a sociedades como la nuestra en las que se prioriza la organización, el tiempo, los plazos, las definiciones, la exactitud y el orden. A pesar de que en muchas ocasiones su actitud me generaba nerviosismo, debo admitir que esa perspectiva más sosegada y tranquila de la vida despertaba en mí cierta envidia, especialmente en los días marcados por

complicaciones laborales, prisas en los desplazamientos, citas ineludibles y quehaceres interminables.

Unos días antes, le prometí que le llevaría en coche a uno de sus entrenamientos con el equipo misterioso. Me interesaba saber dónde y con quién jugaba al fútbol y, de paso, si no era mucho pedir, el nombre del equipo. Emprendimos el viaje en coche hacia el campo de fútbol en el que entrenaba tomando la salida de Herrera y dirigiéndonos hacia Larratxo. Y no, no era el Adarra pero se trataba, efectivamente, de un camino estrecho y lleno de curvas que nos conducía a un alto en el que se situaba el campo de fútbol.

Recordé por un momento un chiste que se contaba en Bilbao. Se decía que Jesucristo, siendo todopoderoso como era, en un gesto de humildad sin precedentes, nació en Belén pudiendo haberlo hecho en el Botxo, Y valoré la humildad de mi amigo, ya que entrenaba con el Sporting de Herrera pudiendo jugar en el Club Deportivo Hernani, como le había sugerido más de una vez.

Bajó del coche y saludo a sus compañeros de equipo. Me dijo que eran cameruneses, guineanos, marroquíes y jóvenes del barrio. Me presentó a alguno de ellos y vi que le saludaban afectuosamente y con cierta familiaridad. Estuve viendo un rato el partidillo que jugaron tras el calentamiento y he de decir que el txabal tenía un buen toque con la zurda. No llegó a jugar ningún partido oficial, pero desconozco la razón exacta. En sus explicaciones mencionaba la ficha, la documentación, la federación, el entrenador que era nuevo,

los horarios que no eran buenos...Una nueva muestra de inconcreción que refleja concretamente, una falta de concreción.

En ocasiones se demonizan muchos aspectos del fútbol como los salarios exorbitados o las actitudes violentas, pero aquella tarde entendí que el juego de la pelotita puede ser un elemento muy interesante para la integración de personas en la situación de nuestro amigo. El fútbol no necesita palabras para ser entendido. Un buen regate se valora en todo el mundo independientemente del idioma de cada uno. Por otro lado, la participación en equipos locales brinda al migrante la oportunidad de formar parte de una comunidad que trasciende lo meramente deportivo.

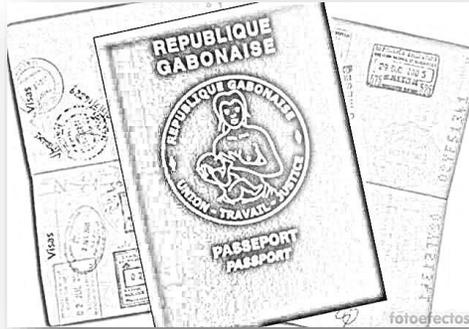
Leía hace escasos días el caso de Serigne y Moussa, dos jóvenes senegaleses llegados en patera a España en junio. Afirmaban en primer lugar que “sin papeles no eres nada”. Y a continuación explicaban que jugaban al fútbol en el Club Deportivo sevillano San Jerónimo que les había tramitado la documentación para poder federarse. Leyendo la noticia recordé la ilusión de nuestro amigo por el fútbol, insistiendo siempre en que era un jugador excepcional. Reviví los partidos que jugaba con sus amigos los sábados por la tarde, así como sus labores de entrenador en un club de infantiles durante unos meses en Rentería.

Y ¿por qué leí el artículo de Serigne y Moussa? Desde que conocí a Blanchard leo con mayor interés cualquier noticia relacionada con la migración. Cayuco, patera,

Lampedusa, Canarias, regularización, deportación, MENA, pasaporte, consulado, el salto y muchos otros términos han pasado a ser palabras en las que fijo mi atención en cuanto las veo en los diarios o las oigo en la radio o en la televisión. Me imagino que será como cuando te partes una pierna y empiezas a ver escayolas por la calle que hasta entonces se escondían ante tu presencia.

Capítulo 12

PASAPORTE



Muchas cosas han cambiado en las últimas décadas en el campo la ciencia, la tecnología, el diseño, la moda, la cultura o la arquitectura, pero siendo optimista, creo que el problema de la migración sigue en el mismo punto en el que lo dejamos el siglo pasado.

Ejercicio 1:

Imaginemos por un momento que nos vamos de vacaciones y acabamos de llegar a un nuevo país y a una ciudad que no conocemos. Nos topamos con un idioma que no entendemos y costumbres que son extrañas para nosotros. No sabemos dónde alojarnos, ni dónde comer, ni a dónde ir. ¿Qué haríamos? Probablemente optaríamos por localizar una oficina de turismo, que es el punto donde se coordina la información turística de la ciudad, incluyendo

lugares de interés, información y reservas de alojamiento, servicios de ocio, transporte público, museos, restaurantes, comercios y un largo etcétera.

Ejercicio 2:

Este ejercicio es similar al ejercicio 1 pero con dos salvedades: por un lado, no estamos de vacaciones, sino que la necesidad nos apremia y por otro lado no tenemos un puto duro. ¿Qué haríamos? Probablemente callejear, preguntar a gente que está en tu misma situación, pasar la noche al raso, pedir dinero en la calle para comer y peregrinar de ventanilla en ventanilla solicitando información y ayuda.

He tenido la oportunidad de conocer de cerca los recursos que la ciudad ofrece a aquellas personas que se encuentran en una situación similar a la de mi amigo. No seré yo quien discuta si estos medios son suficientes, entre otras cosas, porque los he descubierto recientemente y por accidente y por tanto no tengo criterio suficiente para valorarlos. Y tampoco seré yo quien ponga en tela de juicio la idoneidad de estos servicios, sobre todo, por respeto a todas las personas que trabajan sin descanso en este ámbito de la exclusión social de manera voluntaria o profesional. Pero he llegado a la conclusión de que, a diferencia de los turistas, los migrantes tienen grandes dificultades para obtener información y para acceder a los recursos que las administraciones gestionan en ese ámbito.

He leído con agrado estos días la noticia de que en Bilbao se va a poner en marcha, como proyecto piloto, un servicio de acogida a migrantes (Harreragune), algo así

como una ventanilla única en la que se informará sobre todos los recursos disponibles para las personas migrantes con el fin de conseguir una “buena acogida”. Vamos, lo más parecido a una oficina de turismo para migrantes.

Leí hace un tiempo el caso de un hombre que no cobraba la pensión y ni siquiera le proporcionaban sus medicamentos en la farmacia porque no aparecía en el registro (de las personas vivas). Había sido dado de baja del “sistema”. Por eliminación, o no existía o estaba muerto. Es un buen ejemplo de que tú no eres nadie hasta que un papel así lo confirma. Serás un ente paranormal o quizá una ilusión óptica, pero tú no eres tú.

Probablemente fuese ésta la sensación de nuestro amigo cada vez que iba a pedir asesoramiento o alguna ayuda oficial. En cuanto llegaba a una ventanilla el funcionario de turno le pedía el maldito papel que certificaba que era una persona, que tenía nombre, que tenía un lugar de origen e incluso tenía una fecha de nacimiento. Imagino que en aquellos momentos mi amigo recordaba con melancolía aquel pasaporte verde que dejó en algún rincón de Marruecos. Aquel librito que podía ser un serio problema en su viaje hacia Europa era ahora imprescindible para realizar cualquier movimiento. Si a su llegada a España Blanchard llevase su pasaporte encima sería deportado a su país de origen con toda probabilidad. Y, sin embargo, ahora, ese mismo pasaporte, era un documento imprescindible para salir adelante.

Fueron en vano sus intentos de empadronarse en Donostia ya que, entre otros documentos, se solicitaba el pasaporte que quedó al otro lado del estrecho. La solución más sencilla para formalizar un nuevo documento era viajar a París, a la embajada de Gabón en el país galo. Pero en aquellos momentos no era un objetivo fácil para un migrante sin papeles que debía atravesar una frontera con bastante control policial. Y no lo digo yo, lo dicen los hechos que relataba en relación con su primer intento de llegar a París. Pero es que, además, en aquellos meses, la frontera permaneció cerrada durante un tiempo por la pandemia de la Covid.

Analizando la situación y siendo conscientes de la dificultad que entrañaba un viaje a Francia, hicimos una consulta a la embajada de Gabón en Madrid, pero para obtener un nuevo pasaporte nos remitían nuevamente a París.

Pero curiosamente, ese mismo virus SARS-CoV-2 que le cerraba las puertas de Francia le abría las de Gabón, aunque fuera de forma virtual. Me explico. De forma transitoria y con el fin de evitar que los gaboneses que vivían en el exterior tuviesen que volver al país para renovar el pasaporte con el consiguiente peligro de contagio para los locales, se facilitó la tramitación de los pasaportes de forma telemática. Y es que en aquellos momentos la incidencia de la Covid en Gabón era residual.

PRÉSIDENTE DE LA RÉPUBLIQUE-MINISTÈRE DE
L'INTÉRIEUR, DE LA DE LA SÉCURITÉ PUBLIQUE DE

L'IMMIGRATION ET LA DÉCENTRALISATION-FORCES DE POLICE NATIONALE DIRECTION GÉNÉRALE DE LA DOCUMENTATION ET DE L'IMMIGRATION.

Al leer por primera vez el nombre del organismo encargado de la expedición de los pasaportes en Gabón sospeche que el proceso iba a ser tan largo como el nombre. Y el tiempo me dio la razón.

Nos pusimos en contacto con la susodicha entidad y nos informaron de la documentación necesaria para obtener un nuevo pasaporte: Copia de la partida de nacimiento, copia del pasaporte antiguo, una foto en color sobre fondo blanco, autorización para que otra persona recogiese el pasaporte y abonase las tasas, un formulario a rellenar a través de la web, un atestado que demostrase la pérdida o el robo del documento y un certificado de residencia en España. Así, sin anestesia.

Blanchard tenía una copia de su partida de nacimiento (se ve que vino preparado) y una foto del pasaporte que “perdió” en Marruecos. Bien.

Blanchard se fue a un fotomatón callejero con el fin de rescatar desde su rendija sopladora las fotos sobre fondo blanco que necesitaba y para las que había posado dos minutos antes. Bien.

Blanchard tenía un amigo en Gabón que recogería el pasaporte y pagaría las tasas en la oficina correspondiente. Bien.

Blanchard fue capaz de rellenar el formulario con mi inestimable ayuda, eso sí, tras unos 20 intentos fallidos. Bien. Por cierto, el formulario, como es habitual no solicitaba ningún dato que no constase en alguno de los múltiples documentos que se exigían, pero venga, dale al formulario, txabal. Era necesario introducir una y otra vez tu nombre, tus apellidos, tu domicilio, tu estado civil, tu fecha de nacimiento o la copia compulsada de la partida de nacimiento de tu abuela. Era el perfecto ejemplo de la farragosa burocracia que todo lo invade. Pensé que en este aspecto nuestra sociedad no está tan lejos de África como puede parecer.

Faltaba el documento clave, el último, el definitivo. El certificado de residencia en España.

- **¿Pero, que es ese certificado?** – me preguntó en su cada vez mejor castellano
- **C'est un document avec lequel vous prouvez que vous êtes en Espagne, que vous habitez en Espagne. Par exemple, le certificat d'inscription á la marie** (Es un documento con el que demuestras que estás en España, que vives en España. Por ejemplo, el certificado de empadronamiento)
- **Pero, para el empadronamiento me pide pasaporte. Y para pasaporte me pide empadronamiento.**
- **A eso se le llama “La pescadilla que se muerde la cola”**

- **Primo ¿Pescadilla? ¿Eso es pescado?** – preguntó haciéndose el interesante
- **Sí, eso es.** -le respondí con tono irónico. Algún día te lo explico con más calma.

Me llamaba “primo” desde hacía poco tiempo. Todo comenzó cuando nos acercamos a una de las múltiples ventanillas que visitamos aquellos días. La persona que nos atendió y una vez finalizada la gestión correspondiente, me pregunto por la relación que tenía con mi amigo.

- **¿Este? Es mi primo** - le respondí sin pensarlo demasiado.

Mi interlocutor me miró con cara de sorpresa. Se hizo un silencio incómodo que intenté suavizar enseguida.

- **En realidad, es un amigo mío** - le dije esbozando una leve sonrisa.

Minutos más tarde y ya fuera de aquella oficina Blanchard me preguntó:

- **¿Qué es primo?**
- **Mi primo sería el hijo de mi tía o de mi tío. “Cousin” en francés. Bueno, en realidad la palabra “Primo” tiene también otro significado que si esto sigue así quizá tendré que explicarte algún día** - le respondí.

Y desde entonces ése ha sido mi nombre para él. Lo que empezó como una broma se transformó en un nombre que indicaba parentesco, que reflejaba cercanía y transmitía confianza. Quizá por todo esto, le gustaba llamarme así, “Primo”. Sin embargo, a veces pienso que, sin ser muy consciente de ello, he representado para él una figura distinta a la de un primo: quizá la figura del padre que perdió hacía unos años. Pero todo esto son conjeturas que algún día, si se presenta la oportunidad, intentaré aclarar con él.

Aunque Blanchard no estaba empadronado, el Servicio Municipal de Urgencias Sociales le proporcionó un documento que certificaba que mi amigo acudía de forma regular a dicho servicio, probando de alguna manera que estaba en Donostia. Enviamos el certificado a Gabón y, ¡cómo no!, nos pedían otro documento. Necesitaban alguna prueba de que el pasaporte había sido sustraído o se había perdido, o lo que es lo mismo, era necesario un atestado policial que confirmase la denuncia por pérdida o robo. Resumiendo: un tío que legalmente no existía convenciendo a un agente uniformado de que el documento que avalaba su existencia había sido sustraído. La cosa prometía.

Acudimos a la comisaría de una de las múltiples fuerzas y cuerpos de seguridad presentes en la ciudad. La conversación fue interesante:

- **¿Y cómo se yo que lo ha perdido?** - preguntaba el agente con cara recelosa
- **Joder, porque te lo está diciendo** – le contesté con bastante educación.

- **Pero no tengo pruebas**
- **Como comprenderás, nosotros tampoco.**

La única prueba que se me ocurrió era que antes lo tenía y sin embargo ahora ya no lo tenía. Aunque era una frase vestida de una lógica aplastante enseguida la aparté de mi mente por sus tintes barriosesameros. Y aquel buen hombre no parecía estar para las bromitas del gracioso de turno.

Tras un diálogo que perfectamente se puede calificar como “de besugos” nos remitieron a la comisaría de otro de los cuerpos de seguridad que, según las palabras del agente, tenían mayores competencias en estos casos. Estaba claro que no estaban por la labor y que el de Blanchard no era el primer caso de este tipo al que se enfrentaban aquellos policías.

En la segunda comisaría, tras nuestras explicaciones y tras solicitar un atestado, nos remitieron a una tercera comisaría. Tras peregrinar por la ciudad y entrar al nuevo recinto, un agente nos atendió con cordialidad y no planteó ningún problema para cumplimentar un atestado en el que figuraban los datos que le indicábamos entre mi amigo y yo de manera más o menos coordinada. Este policía tampoco era tonto, pero probablemente fue consciente de la situación y quiso aportar su pequeño granito de arena.

Cuando recopilamos todos los documentos los enviamos a la entidad de nombre interminable, pero surgieron nuevos problemas; la foto estaba demasiado

oscura, el formulario se cumplimentó de manera incorrecta, las copias no tenían la calidad mínima exigible, la copia de la partida de nacimiento era ilegible, el certificado de residencia no era válido...cualquier excusa les era útil para rechazar nuestra bienintencionada solicitud. Y eso, tratándose, como les explicamos por correo electrónico, de un ciudadano gabonés en apuros.

Al fin, tras múltiples gestiones, aceptaron la documentación y después de varias semanas nos informaron de que el pasaporte estaba listo y que cualquier persona autorizada podía recogerlo rellenando, por supuesto, un nuevo papel: “Certificado para recuperación del pasaporte por persona autorizada debidamente cumplimentado”.

- **J'ai un ami qui peut récupérer mon passeport** (Tengo un amigo que puede recoger mi pasaporte).

Un amigo en el que podía confiar. Interesante. Pero a los pocos días ese mismo amigo comenzó a trasladar dudas y problemas en forma de mensajes: que sí, que no, que hay que pagar, que no se puede enviar, en realidad se puede enviar, pero hay que pagar...

Imaginé un cóctel que contenía amistad y dinero como ingredientes. Pensaba en la relatividad del concepto amistad, en la amistad en sí misma, en la amistad como afecto personal desinteresado, en la amistad condicionada por el dinero y sobre todo me preguntaba a cada rato cuando llegaría el puto pasaporte.

En marzo de 2021 llegó a casa un sobre lleno de etiquetas que contenía el ansiado premio a tantos esfuerzos, gestiones y preocupaciones. El nuevo pasaporte. Blanchard abrió el sobre y miró el documento con emoción y dijo:

- **Je ne suis plus un objet, je ne suis plus un arbre, je suis maintenant une personne** (Ya no soy un objeto, no soy un árbol, ahora soy una persona).

Después de tantos meses lo tenía entre sus manos, el legajo que acreditaba que era un ser vivo y que certificaba su pertenecía a un lugar en el mundo.

Árbol. Había dicho árbol. Me acosté pensando en un árbol, aunque no soñé con ninguno. La mañana siguiente tuve claro por qué la palabra penetraba una y otra en mi cabeza sin permiso alguno. Claro. Árbol.

- **Blanchard, tú ya no árbol, pero yo árbol en casa** - le dije. Me sorprendí a mí mismo hablando como Tarzán, pensando quizá que de esa manera me entendía mejor.
- **¿Y?** - preguntó
- **J'ai un arbre chez moi que je voulais abattre depuis longtemps. Peut-être que tu peux m'aider.** (Tengo un árbol en casa que quiero quitar desde hace tiempo. Quizá me puedas ayudar).

- **Bien sûr. j'irai demain à neuf heures du matin** (Claro que sí. Iré mañana a las nueve de la mañana).

Me habló de los enormes árboles de Gabón, del *kevazingo* que alcanza hasta 60 metros de altura, de los extensos bosques de su país y de las diversas técnicas que se utilizaban para talar aquellos monumentales troncos. Me dio la impresión de que sabía de lo que hablaba.

Al día siguiente se presentó en casa con ganas de comenzar la tarea y, curiosamente, esta vez a la hora prometida. El árbol en cuestión parecía un bonsai si lo comparamos con los que me describió la víspera. Utilizando la motosierra el árbol se convirtió en leña y en un tronco de apenas un metro en un par de horas. Habíamos finalizado la parte fácil de la faena, pero insistió en que debíamos desenterrar las raíces del suelo y ese es otro cantar.

Saqué un par de azadas para comenzar la ardua tarea de exponer las raíces que durante años se habían aferrado a la tierra. Sin mediar palabra, cogió uno de los aperos y tras elevarlo por encima de la cabeza y por detrás de la vertical, clavó el acero en la tierra hasta enterrarlo completamente con una facilidad pasmosa. La segunda azada estaba entre mis manos y tras asistir al espectáculo que ofreció mi amigo no sabía realmente qué hacer con ella. La dura tarea se convirtió en una experiencia entretenida entre bromas y conversaciones de todo tipo que duró hasta anochecer.

- **Tú eres un flojo** - me decía una y otra vez. La palabra “flojo” le llamó la atención la primera vez que la escuchó en una conversación y la empleaba frecuentemente para referirse a mis aptitudes físicas. Y claro, comparar su fortaleza física con la mía era como confrontar los árboles de Gabón con el que yo tenía en casa.

Me gustaría terminar el capítulo con una pequeña reflexión sobre la burocracia. Es realmente increíble la cantidad de formularios, certificados, documentos, plazos, consentimientos o firmas necesarios para cualquier trámite con la administración sea propia o de otro país. Y en el caso que nos ocupa, si todas estas gestiones representan un laberinto para cualquier ciudadano del lugar ¿cómo va a gestionarlos una persona que acaba de llegar a nuestra ciudad, no conoce nuestro idioma, no tiene nociones sobre la legislación y no tiene teléfono ni internet?

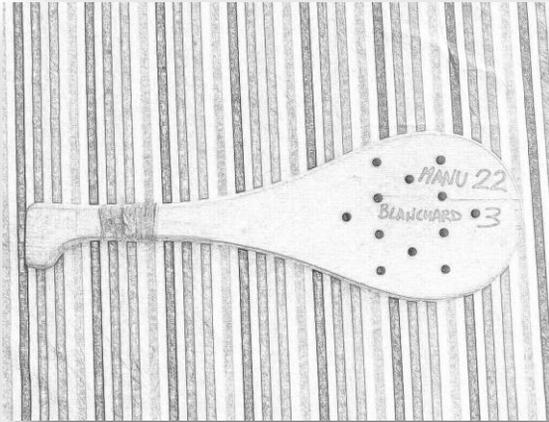
He leído en alguna ocasión que el poder de la burocracia estriba en la posesión de conocimientos inaccesibles para los profanos de manera que la meta no esté al alcance de todos. Y tras la experiencia acumulada con mi amigo he llegado a pensar en algún momento que el engranaje administrativo busca quizá disuadir al demandante, abrumarlo con trabas y obstáculos difíciles de sortear con el fin de excluirlo de sus derechos.

Creo que poco a poco hemos creado un dragón de tres cabezas omnipresente, complejo y de enormes dimensiones que crece y se retroalimenta y que en su

continua expansión nos atrapa en casi todos los ámbitos de nuestra existencia.

Capítulo 13

22-03



Un sábado cualquiera de marzo y en las horas centrales de día, el pueblo de Astigarraga es una locura. En los bares del pueblo se agolpa una multitud de personas con ganas de fiesta y comportándose como si no hubiera un mañana. Son los prolegómenos de la verdadera fiesta que comienza en cualquiera de las sidrerías del pueblo y sus alrededores. Uno de esos sábados le propuse a mi amigo una visita exprés al pueblo para que conociese el ambiente que se respira en esos días tan señalados. Mis pocas explicaciones fueron suficientes para convencer a Blanchard, que contestó afirmativamente con verdadera convicción.

Llegamos al pueblo y tras aparcar el coche de mala manera, pedí dos cervezas frías en el bar más concurrido del lugar. Comprobé rápidamente que mi amigo ya había trabajado anteriormente la asignatura de “bar y buen ambiente” al observar cómo se manejaba con el botellín en la mano. Lo que veía ante sus ojos le parecía increíble. La gente cantaba, reía, tomaba su trago en la calle y creo que al tío le gustó bastante la experiencia. Al ver su cara de asombro le prometí que la próxima visita sería a una sidrería de manera que entendiese mejor lo que se cocía en esos momentos en Astigarraga y el día que cumplí mi promesa ¡ya lo creo que lo entendió!

Mientras disfrutábamos del ambiente, una amiga se acercó a saludarnos. Comenzamos a hablar animadamente y al comprobar que yo no le presentaba a mi amigo decidió adelantarse y le dijo sonriente:

- ***Hola, yo soy Blanca***

Hubo un momento de silencio. Me dio la sensación de que Blanchard tenía la respuesta y tras unos segundos la soltó:

- ***Hola, yo negro.***

Después de un silencio incómodo comenzaron las risas. Mi amigo no imaginaba que nadie pudiese llamarse Blanca. Le dije que muchas mujeres se llamaban Blanca, Edurne, Nieves o Zuriñe por la Virgen Blanca, que era patrona de Gasteiz. Tras las explicaciones nos reímos todos

mientras repetíamos las frases que provocaron la situación. De vez en cuando le recordaba la anécdota que, tengo que reconocer, me pareció realmente graciosa. El aclaraba cada vez lo que había ocurrido:

- **Claro, si ella me dice “yo estoy blanca” yo le digo “yo estoy negro”.**

Me encantaba cuando utilizaba el “estar” en lugar del “ser”. Y lo hacía de manera habitual ya que a diferencia de otras lenguas latinas como el español (ser/estar), el italiano (essere/stare) o el portugués (ser/estar), en francés solo se utiliza “être” para expresar estos dos conceptos.

Por cierto, me llamaba la atención la naturalidad con la que Blanchard utilizaba el término negro cuando hablaba de sí mismo. Bromeaba frecuentemente diciendo que era un “vasco de pata negra”.

Hablamos más de una vez sobre el asunto. Yo le comentaba que, en mi ignorancia, la cuestión se me atragantaba. He oído y utilizado en más de una ocasión la expresión “persona de color”. Sin embargo, me parece una expresión incompleta al no definir claramente la tonalidad de esa persona y, además, siempre me he preguntado si el resto de los mortales somos transparentes. También he oído la palabra “afroamericano”, pero en muchos casos se utiliza para personas que no son ni africanas ni americanas, lo cual parece ridículo. Parece más ajustada la palabra “afrodescendiente” aunque también más rebuscada.

Mi amigo me comentó que en Estados Unidos la palabra “nigger- nigga” presente en muchas letras de hip-hop se remonta a la época de la esclavitud y tiene tintes racistas y su traducción al español podría ser “negrata”. Pero que la palabra “negro” le parecía ofensiva o no en función del contexto, el tono y la intención con la que se expresa.

He analizado más de una vez en su teoría de la relatividad respecto a la palabra en cuestión y os propongo un ejercicio. Debéis utilizar la palabra “tonto” en distintas frases para daros cuenta de que su significado varía significativamente en función del contexto, el tono y sobre todo la intención con la que se expresa. Entre el “que no, tonto” de una pareja de enamorados hasta el “pero ¿tú eres tonto?” que grita un conductor a otro a las 7:45 de la mañana de camino al trabajo, hay un mundo. Y en medio, todo lo que queráis.

Personalmente, y tras darle algunas vueltas al asunto, creo que para referirme a una persona como Blanchard utilizaré la expresión “persona negra”, que, a diferencia de “negro” a secas, pone el foco en lo que realmente es; una persona. El adjetivo califica a dicha persona y aporta información complementaria. En el siguiente párrafo voy a poner en práctica el término en cuestión.

Acabo de recordar otra anécdota de la persona negra que ha convivido con nosotros estos últimos años. Pero, para introducir el relato, he pensado que haré lo que muchos tertulianos de radio y periodistas hacen. He comprobado

desde hace tiempo que todos ellos utilizan citas como prólogo a sus disertaciones y que muchos artículos en prensa vienen trufados de menciones de autores más o menos conocidos. Y he pensado que yo no iba a ser menos y como veréis, la cita viene que ni pintada.

Decía Ortega y Gasset que *“La juventud necesita creerse, a priori, superior. Claro que se equivoca, pero éste es precisamente el gran derecho de la juventud”*.

Era un sábado de verano y comíamos tranquilamente hablando de todo lo sucedido durante la semana. En el momento de tránsito de la ensalada mixta al pollo asado, mi amigo comenzó a hablar del juego de la pelota, de que él jugaba muy bien al tenis, de un frontón, de que él jugó un día, de que era muy bueno jugando a pala y de todas esas cosas de las que habla un joven que se va viniendo arriba poco a poco. Miraba sonriente al interlocutor que tenía delante que le doblaba en edad y que escuchaba muy interesado todo lo que decía. Ese era yo, como un león agazapado esperando a su presa, observando su ascenso a los cielos y visualizando ya el espectacular porrazo que se iba a dar sin darse cuenta. Porque, aunque sea una persona de cierta edad, he jugado y he competido como aficionado a la pelota, con mayor o menor acierto, durante toda mi vida. Y a diferencia de mi amigo, conozco cada rincón de un frontón y los entresijos de este deporte.

Cuando saboreaba su último bocado le espeté:

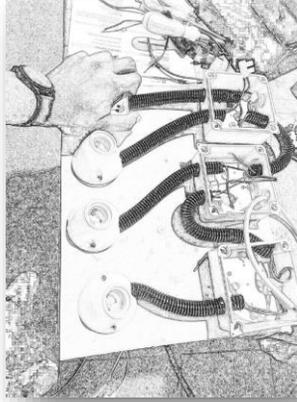
- **Txabal, termina el pollo que nos vamos a jugar a pala.**
- **¿Pala? Pero yo soy muy bueno y tú eres viejo**
-para meterse conmigo le daba bastante bien al castellano.

Yo llevaba ya varios años sin jugar en el frontón por las múltiples dolencias en relación con el sistema osteomuscular (habrás advertido que dicho de este modo los tirones adoptan otra dimensión). Mis facultades físicas no eran las de hace unos años, pero no había perdido la competitividad, esa determinación por ganar que me ha acompañado a lo largo de mi vida deportiva.

Llegamos al frontón y tras un breve calentamiento comenzó el partido. Fui a por todas mientras mi amigo corría de un lado a otro probando todos los recursos de los que disponía que, siendo sincero, tampoco eran demasiados. Después de unos 15 minutos de partido y sin ningún incidente lesional digno de mención, gané la contienda. Quizá te estés preguntando por el resultado del partido. Te lo diría encantado, nada me gustaría más ahora mismo, pero creo que es mi deber cumplir escrupulosamente la Ley Orgánica del 5 de diciembre de 2018 sobre “Protección de Datos Personales y Garantía de Derechos Digitales”. Aunque te contaré un secreto. En algún lugar discreto de este mismo capítulo puedes localizar el tanteo con cierta facilidad. De esa manera no te digo yo, lo encuentras tú y eso, por lo visto, no es pecado.

Capítulo 14

ESTUDIAS O TRABAJAS



Mientras Blanchard se alojaba en Loiola, le hice ver que el dinero podía ser un problema para nosotros y que debía intentar ganar pasta con un trabajo que tuviera su color ya que, en su situación, era imposible que tuviese una ocupación de otra tonalidad.

Cada mañana recorría el camino que se dirigía a Hernani con la esperanza de encontrar empleo, interrogando en caseríos y sidrerías, pero sin demasiado éxito. Un día cambio de rumbo y aterrizó en un nuevo barrio cercano a Añorga en el que se están construyendo casas unifamiliares dentro de una nueva promoción urbanística. Mientras paseaba por las calles inacabadas, vio a un tipo sentado en la entrada de una de las viviendas, que parecía

recién construida. Se acercó y le preguntó si tenía algún trabajo que él pudiera realizar. El interrogado miro a mi amigo con cara de interés y tras unos breves instantes le dijo que sí. Se trataba, efectivamente, de una vivienda que los operarios dieron por finalizada, pero que precisaba una limpieza a fondo tras las obras. En eso consistía el trabajo, en desescombrar y limpiar.

- **Tú no sabes Manu, estoy muy cansado** - me dijo al llegar a casa.
- **¿Cansado un tío joven como tú?** - le dije bromeando
- **J'ai travaillé dans une maison** (He estado trabajando en una casa)
- **Très bien. Votre premier emploi!** (¡Muy bien! ¡Tu primer trabajo!)
- **J'ai nettoyé toute la maison. C'était plein de ciment, de terre, de sacs remplis de pierres et de briques. J'ai commencé à dix heures du matin et j'ai terminé à sept heures. J'ai mal aux bras et au dos** (He limpiado la casa, estaba llena de cemento, tierra, de sacos llenos de piedras y ladrillos. He empezado a las 10 de la mañana y he terminado a las seis. Me duelen los brazos y la espalda)
- **Il a dû bien te payer...** (Te habrá pagado bien...)
- **Il m'a donné 20 euros** (Me ha dado 20 euros)

Tras el relato de mi amigo me hice una película que coincidirá bastante con la realidad de lo sucedido. Eran las diez de la mañana. El tipo de la casa debía limpiar la

vivienda y estaba apostado en la puerta fumándose un cigarro y pensando en el duro día que le esperaba. Y en esas, aparece una persona joven y fuerte preguntando si tenía trabajo para él. El fumador imaginó enseguida que era una persona sin papeles, sin derechos, sin nada que perder y mucho que aportar. - ¿Que si tengo trabajo? -pensó- Ahora mismo es lo único que tengo, porque ganas, lo que se dice ganas, ninguna. Tenía ante sus ojos la solución perfecta a aquella jornada laboral que se presentaba tan poco apetecible. Sospecho que se le iluminó la cara y tras un rápido “sí, tengo” le explico las labores que debía realizar.

- **Mais entre deux le travail aura été plus facile.** (Pero entre dos el trabajo habrá sido más fácil) - le dije, intentando relativizar su sensación de cansancio.
- **Non, j'ai travaillé seul. L'autre homme a regardé et m'a dit quoi faire.** (No. He trabajado sólo. El otro me miraba y me ha dicho lo que tenía que hacer)

No fue probablemente el estreno laboral soñado por nuestro amigo, pero consiguió 20 euros que el tipo de la casa le dio al finalizar el trabajo sin mediar palabra. ¿Que era poco? El trabajo estaba ya finalizado y Blanchard no estaba en condiciones de reunirse con su representante sindical para organizar una manifestación en favor de unos sueldos dignos. Y es que, probablemente, aquel tipo no era un empresario. Era sin duda un asalariado con unas condiciones de trabajo más o menos dignas que se aprovechó de la situación de una persona desprovista de

derechos y sin posibilidad de quejarse en una disyuntiva de “o lo tomas o lo dejas”.

Esa noche hablamos sobre las jornadas de trabajo, los sueldos, las condiciones laborales, los permisos de trabajo y sobre el empleo precario. Pero lo que era realmente precario aquella noche era su estado físico por lo que, tras el “Ondoloin” habitual, dimos por finalizada nuestra conversación telefónica.

Era una situación extraña. Por un lado, una persona joven, con ganas de integrarse en la ciudad y de trabajar de manera regular ante el imponente muro de la legalidad que impedía su acceso al mercado laboral y a una vida digna. Y, por otro lado, la prensa se hacía eco una y otra vez de la escasez de mano de obra en distintos sectores productivos como la construcción, la hostelería, la fontanería, la electricidad o el cuidado de personas mayores. Para trabajar era necesario tener un permiso de trabajo, que a su vez requería un permiso de residencia, que a su vez exigía un empadronamiento de al menos tres años. Por tanto, la posibilidad de currar de manera legal se vislumbraba lejos en el tiempo.

A Blanchard le gustaba pasear. En ocasiones se acercaba a su antigua vivienda en el Infierno, paseaba por el parque de Ametzagaina y le gustaba ir a la parte vieja de Donostia. Allí conoció a algunos subsaharianos que dormían bajo los arcos de la plaza de la Constitución. Hablaba con ellos sobre sus condiciones de vida y sobre su situación. Nos decía que muchos de ellos llevaban años en la ciudad pero

que el vino ahogaba su escaso interés por la integración o por el trabajo. En un par de ocasiones cocinó “fufu” para los moradores de la plaza. Me explicó que el fufu es un alimento originario de Ghana y se elabora mezclando tubérculos de yuca y que tienen un alto contenido de almidón. Parece ser que, tras cocer las raíces, se muelen en un mortero de madera hasta obtener una textura densa y pegajosa que permite su manipulación con las manos.

Acudí a internet para saber más sobre este alimento y vi que se trataba de una masa blanca con un buen aspecto que se combina normalmente con guisos, sopas y salsas. Comprobé que en la actualidad se vende en polvo que mezclado con agua caliente permite obtener la masa en cuestión. Quizá algún día me anime a probarlo.

En varias ocasiones, me habló de las ofertas que recibía en sus incursiones en las calles de la ciudad relacionadas con el sexo por parte de gente de todo tipo de edad, género y condición. Mi amigo, de aspecto joven y llamativamente exótico en una ciudad como Donostia, parecía atraer la atención de muchas personas dispuestas a pagar por sus servicios. Comentaba que algún conocido suyo se dedicaba de manera profesional a este negocio, obteniendo beneficios realmente notables.

También recibió propuestas vinculadas al mundo de las drogas. Y es que mi amigo era un tipo con un gran don de gentes y habilidades lingüísticas (hablaba francés, inglés, castellano macarrónico y algo de árabe que aprendió durante su estancia en marruecos). Era un perfil interesante

para los tipos que ocupaban las esquinas de las calles de la parte vieja y preferían que otro asumiera los riesgos. Sus relatos me llevaron a descubrir un submundo en la ciudad que, sinceramente, no había percibido con tanta crudeza en todos los años que llevo viviendo en ella. Es cierto que hace tiempo que me he desconectado y estoy fuera de circulación, por lo que desconozco muchas de las claves de la vida nocturna actual.

Hablábamos sobre estos temas mientras caminábamos desde Astigarraga hacia Donostia. En el momento que pasábamos por delante de la cárcel de Martutene me preguntó:

- **¿Qué es esto?**
- **La cárcel** - le respondí - **un sitio al que se entra fácilmente, pero del que difícilmente se sale.**

Se acordaba frecuentemente de esta frase y así me lo hacía saber. Era consciente de que, en su situación, ciertas actividades podían ser muy lucrativas pero cualquier error podría costarle muy caro.

En marzo de 2021 se empadronó en Donostia gracias al pasaporte que tanto le había costado conseguir. Con el documento en la mano y el certificado de empadronamiento se abrían nuevas perspectivas en la ciudad para nuestro amigo, como la que permitía solicitar su inscripción en Lanbide (Servicio Vasco de Empleo). No pasaba a ser un demandante de empleo porque no podía trabajar, sin

embargo, podía acceder a la realización de cursos de formación que podrían ser muy interesantes para el día que tuviese un permiso de trabajo.

Leímos juntos el extenso listado de estudios disponibles y tras alguna duda inicial eligió los estudios de “Operaciones auxiliares de montaje de instalaciones electrotécnicas y de telecomunicaciones en edificios”. Atendiendo a la longitud del nombre del curso parecía interesante. Se trataba de dos módulos de tres meses de duración que finalizaban con unas prácticas en una empresa del ramo.

Me comentó que tenía conocimientos en electricidad, pero que le sería útil ampliar sus habilidades con un poco más de aprendizaje. En un principio, me sorprendió agradablemente su afirmación, pero con el tiempo le he ido conociendo un poco. Y es que, en casi todas las conversaciones presumía de sus conocimientos sobre cualquier profesión u oficio. "*Soy un ingeniero de la vida*", me decía frecuentemente.

En ocasiones he tenido la oportunidad de comprobar que estaba en lo cierto, que se manejaba bien en actividades como la jardinería, la mecánica o el bricolaje. Pero tenía más dudas cuando afirmaba, ejerciendo de sanitario, que podía curar el Covid con limón y ajo (el tío se administraba una dosis cada mañana) o cuando afirmaba que podría llegar lejos en la música o cuando decía que era buenísimo jugando a pala. Pero se le veía ilusionado en su nueva situación. Sabía

que, cuando llegase la hora de trabajar, los estudios le podrían resultar de gran ayuda.

En octubre de 2021 comenzó el curso de electricidad. Un libro lleno de circuitos y teoría le acompañaba en todos sus desplazamientos. En nuestras charlas me explicaba el funcionamiento de los relés, de los interruptores simples y dobles, de los conmutadores, de las tomas de corriente bipolar o del cuadro general. En realidad, eran monólogos, sobre todo, porque yo no podía aportar gran cosa a la conversación. Me enviaba diariamente vídeos en los que podía verse una base de madera llena de cables, bombillas e interruptores de todo tipo. Pienso que quería demostrarnos su interés por el oficio, sus ganas de trabajar y, por supuesto, lo virtuoso que era en el complejo mundo de los cables.

- **Vas a ver tú lo bueno que soy yo.** - decía con satisfacción antes de pulsar un interruptor que obraba el milagro que encendía luces y hacía sonar timbres.

Terminaron las clases y aprobó el examen final, pero para superar el curso debía realizar unas prácticas en una empresa de electricidad. Durante todo un mes trabajó en un oficio que parecía gustarle mucho y tuvo la oportunidad de conocer a personas que se dedicaban profesionalmente a la electricidad. Fue un mes intenso, con largas jornadas de trabajo, quizá demasiado largas y en ocasiones, según contaba, no demasiado supervisadas teniendo en cuenta de que se trataba de un estudiante en prácticas.

En enero de 2022, un poco antes de finalizar sus prácticas en la empresa, un tipo se le acercó amistosamente. Le dijo que tenía muy buenas referencias tuyas y que quizá podría ofrecerle un trabajo como electricista en su empresa. Blanchard no se lo podía creer. Me llamó ilusionado ante la perspectiva de una ocupación remunerada. Parecía una posibilidad interesante. Había leído en varias ocasiones acerca de la falta de profesionales para ciertos empleos, destacando la escasez en oficios como la electricidad.

Quedó con el chispas al día siguiente para hablar sobre los detalles del posible acuerdo laboral.

- ***Txabal, ¿qué me cuentas? ¿Has hablado con el tío ese?*** - le pregunté por teléfono al día siguiente, tras esperar toda la mañana sin noticias tuyas. Su ilusión era la mía. Esperaba una ocupación para mi amigo, un trabajo que le hiciera sentirse cómodo entre nosotros, un compromiso que mejorase su autoestima y un sueldo que le permitiese ser autosuficiente.
- **He hablado pero muy poco. Ha hablado él y luego me he marchado** -contestó apesadumbrado
- **¿Cómo? ¿Que te has largado?**
- **Il voulait que je travaille pour 7 euros** (quería que trabajase por 7 euros) - me contestó.

Hice un cálculo rápido de lo que podría suponer esa suma al mes. Bueno, confieso que tampoco fue tan rápido. Siete euros la hora, multiplicados por ocho horas, 56 euros

al día y por veinte días de trabajo al mes podrían ser unos 1120 euros mensuales. No era un sueldo de notario, pero podría servir para que nuestro amigo viese su futuro de otra manera y de paso podría aliviar en parte nuestra economía familiar.

- **Pero ¿que te has largado, así como así? Eso supone, aproximadamente, 1200 euros al mes.** - le dije sin entender su actitud.
- **Noooo!!, son siete eros al día-** les quitaba la “u” a la palabra “euro” y la “e” adoptaba un sonido peculiar, probablemente por la pronunciación que hacen los franceses de la moneda europea y de muchas palabras que contienen las vocales “eu”. Acabo de leer en internet, en otra apasionante búsqueda por la red, que el sonido de “eu” en francés y que se representa como [Ø], se pronuncia con los labios estirados hacia adelante, como para soplar las velas de una tarta de cumpleaños. Ahí lo dejo, por si alguien lo quiere probar.
- **¿Siete euros al día?, no puede ser, eso es imposible. No le has entendido bien. Eso son ciento cuarenta euros al mes por un trabajo de 8 horas al día.** - le dije sorprendido y sin soplar ninguna vela de cumpleaños.
- **Oui, je lui ai demandé trois fois. Il m'a dit que c'était ce qu'il pouvait me payer, 7 euros par jour.** (Sí, le he preguntado tres veces. Me ha dicho que es lo que me puede pagar, 7 euros al día.)

Una vez más, alguien intentaba aprovecharse de la situación de nuestro amigo. Le harían trabajar como uno más, en el mejor de los casos, y le pagarían una miseria. Era un nuevo “o lo tomas o tú mismo”. Esa tarde retomamos la conversación sobre empleo precario y la condición humana. Después de un extenso intercambio de ideas filosóficas de poca monta, llegamos a la conclusión de que no debía aceptar empleos que se basaran en la explotación laboral, como la propuesta del astuto electricista.

En mayo de 2022, gracias a la recomendación de un amigo, empezó a trabajar como jardinero en una casa unifamiliar en Irún. Este empleo le resultó gratificante, permitiéndole trabajar al aire libre y estar en contacto con la naturaleza que tanto le gustaba. Además, recibía un salario digno que le ayudó a sentirse útil y valorado durante varios meses.

En Irún, se topó nuevamente con la frontera donde los gendarmes lo habían detenido durante su viaje a París para gestionar el pasaporte, hace ya un año y medio. Recordó, probablemente, su estancia en la capital de Francia cursando sus estudios. Me aventuro a afirmar que reflexionó en más de una ocasión sobre el significado de una frontera, una línea a menudo virtual pero intransitable para aquellos que, como él, carecían del derecho a cruzarla.

Capítulo 15

IBOGA



Blanchard nos hablaba frecuentemente sobre su país; animales salvajes, paisajes paradisíacos, selvas y naturaleza en estado puro. Describía ritos ancestrales, creencias, e incluso cuando se venía arriba, aseguraba que había visto sirenas. Normalmente su conversación terminaba con una carcajada cuando le preguntaba por lo que tomaba en sus ratos libres.

Pero un día, y respondiendo a mi pregunta recurrente, me habló del “iboga”. Contaba que era una bebida que se elaboraba con las raíces de un arbusto y que se bebía en un rito llamado bwiti. Relataba que el iboga permitía el diálogo con el “mundo de los espíritus” y que se

utilizaba también para sanar muchos males físicos y dolencias del alma. Me aseguró que siempre tuvo cierto recelo hacia la sustancia, por lo que nunca había participado en el rito iniciático, pero conocía mucha gente que lo había experimentado con la compañía indispensable del maestro de ceremonias, que podría rescatarte si en pleno trance las cosas se complicaban. O algo así.

- **Manu, si tu toma eso vas a ver tu vida, de antes de lejos, de ahora y de luego.** (querría decir que vas a ver el pasado, el presente y el futuro, digo yo)
- **Ya** - le respondí con cierta sorna.
- **Tú vas a haber un keler 1000 veses** (Imagino que quería decir que vas a sentir lo que sentirías tras tomarte 1000 botellines de Keler). A veces pensaba que era mejor que hablase en francés, aunque su incipiente castellano tenía realmente su punto.

Mientras oía sus relatos, imaginaba ritos ancestrales, sustancias mágicas, gentes de un pequeño poblado en medio de una frondosa selva con la cara pintada de blanco bailando y saltando al ritmo de un tambor alrededor de una hoguera, el hechicero pronunciando frases indescifrables... Y comprendí que esas imágenes que llegaban a mi mente provenían de las películas de Tarzán que veíamos cuando éramos niños.

Acudí a internet para informarme sobre los ritos relacionados con el iboga y curiosamente, las fotos que pude ver se parecían bastante a las imágenes que circulaban en

mis pensamientos. Me llamó la atención que el bwiti era una práctica muy extendida en Gabón y que muchos occidentales acudían a realizarlo. (-*Asta los blankos* - me escribió una vez por whatsapp). Y comprobé que la raíz del arbusto en cuestión contenía una sustancia psicotrópica realmente potente. Entonces entendí que el que la toma puede visualizar incluso la Basílica de Nuestra Señora del Pilar sin conocer Zaragoza.

Pensé que estos rituales correspondían a pueblos poco desarrollados y anclados en el pasado y en concordancia con sus creencias trasnochadas. Por supuesto, este tipo de ceremoniales no podrían tener cabida en un territorio tan moderno y adelantado como el nuestro. En Europa, la ilustración permitió disipar las tinieblas de la necesidad y la simpleza de la humanidad mediante las luces del conocimiento y la razón y dejó en evidencia la ignorancia y la superstición. La ciencia y el conocimiento nos habían colocado en la cúspide de la civilización. Y nosotros vivíamos en Europa, al margen de toda esa superchería anacrónica. No llegue a contarle esto de la ilustración y las tinieblas por no abrumarle con la apabullante losa de la razón.

Tengo una amiga que se ha implicado desde un principio con Blanchard. Aprovechaba sus días libres, que por cierto son bastantes, para realizar distintas actividades con nuestro amigo. A los dos les gustaba pasear por el monte y poco a poco recorrieron muchos parajes interesantes de nuestra geografía. Uno de esos días, Blanchard me escribió diciendo que iban a subir al Ernio desde Iturrioz. Aproveché para decirle que era un monte muy especial, con unas vistas

espectaculares en todas direcciones. Le comenté que en las campas situadas en la falda del monte se realizaban romerías todos los domingos de septiembre y bastantes cosas más que probablemente leía sin demasiado interés.

A media mañana llegó un mensaje que decía:

- **Primo, yo vengo al monte y mira lo que yo hago.**

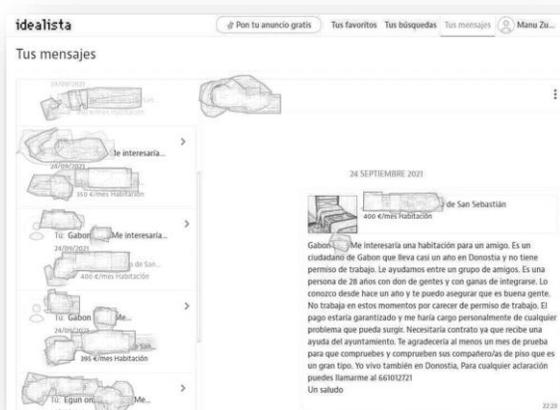
Acto seguido me envió un video que no me esperaba. Aparecía en plena subida al Ernio, de pie, con una gran cruz a un lado. Sujetaba con las dos manos un hierro en forma de cuadrado. Tras introducir su cabeza en el artilugio lo pasaba alrededor de su cuerpo hasta llegar a los pies. Repitió la jugada unas tres veces a la vez que decía:

- **Primo, esto es bueno para el reuma**

Parece ser que nuestra amiga común le informó sobre los incuestionables beneficios terapéuticos que para los problemas articulares ofrecían los arcos metálicos de Ernio al pasarlos por todo el cuerpo. Recordé mis cavilaciones relacionadas con la razón, las luces y el conocimiento. Y agradecí sobremanera no haberle mencionado los días previos lo de la ilustración ni lo de las tinieblas.

Capítulo 16

BUSCANDO PISO



Tras salir apresuradamente de la casa ocupada en el Infierno, Blanchard se instaló en una pensión en Loiola, un barrio de Donostia. Pasó una temporada junto a otros migrantes y autóctonos que por diversas circunstancias habían acabado siendo vecinos de mi amigo. La pandemia pegaba fuerte en aquellos momentos y se declaró un brote en la hospedería cercana al cuartel del ejército en la que residía mi amigo.

En aquellos momentos se puso en marcha el “Plan de vigilancia y control de casos y contactos estrechos para la fase de desescalada de la pandemia COVID-19”. Consistía en identificar precozmente los casos de sospechosos y sus contactos estrechos con el fin de aislarlos en su domicilio. Pero en algunas ocasiones, el aislamiento domiciliario no era seguro por la imposibilidad de separar físicamente al contagiado. Y otras veces, el domicilio directamente, brillaba por su ausencia, como ocurría en el caso que nos ocupa.

Para estas situaciones se había previsto la utilización de habitaciones de hotel para conseguir aislamientos seguros. Una amiga, sí, la que tiene bastantes días libres, puso en contacto a Blanchard con el ambulatorio más cercano y tras las gestiones pertinentes lo trasladaron al Santuario de Arantzazu, más concretamente al Hotel Santuario de Arantzazu, que acumula un total de tres estrellas.

- **-Mais où vas-tu? En ambulance?** (Pero ¿a dónde vas? ¿en ambulancia?) - le pregunté incrédulo.
- **Oui, ils m'emmènent à Arantzazu** (Sí. Me llevan a Arantzazu)

Claro, ahora que has leído el párrafo precedente dirás que lo llevan al hotel del santuario de Arantzazu dentro del “Plan de vigilancia y control de casos y contactos estrechos para la fase de desescalada de la pandemia

COVID-19”. Pero en aquellos momentos mi pregunta era pertinente porque, si recuerdas, los acontecimientos se precipitaban y las decisiones administrativas y políticas se modificaban cada día o, incluso, cada hora. Por cierto, ahora que menciono el Covid, lo percibo como un mal sueño en la lejanía del que hemos despertado sin sacar ninguna conclusión positiva, por mucho que muchos opinadores auguraban un cambio de paradigma social.

El tío se pasó 13 días en una habitación de hotel con vistas a las cimas de Erbizaskun, Bellostegi y Aitzabal. Las podía ver, pero no las podía disfrutar, ya que no se le permitía salir de su habitación. Nos escribía diariamente y presumía de su amplia habitación con vistas al monte y al profundo cañón por el que discurría el río Aranzazu. Pero su ánimo iba decreciendo de manera directamente proporcional al tiempo transcurrido.

Intentaba distraerse leyendo, imagino teniendo en cuenta el contexto, algún libro sobre vidas de santos, como hizo San Ignacio durante su convalecencia. Tuvo tiempo, incluso, para componer una canción que me cantó enterita en uno de nuestros vis a vis whatsaperos. En la canción se hablaba de Mónica, pero nunca he sabido a ciencia cierta quien era la musa que inspiró su canción. Después de su actuación telefónica no pude evitar preguntarle por la chica en cuestión, pero me contestó con palabras y frases en francés-castellano que utilizaba habitualmente con el fin de que no me enterase de lo que realmente estaba diciendo. Debo decir que es una hábil técnica que ha ido perfeccionando con el paso del tiempo.

- **Joder txabal, de una pensión a un Hotel de tres estrellas...estás mejorando tu situación. Pronto al Maria Cristina** - le escribí para alegrarle el rato
- **¿Quién es Maria Cristina?** - me preguntó con curiosidad
- **Tu no me has dicho quién es Mónica por lo tanto yo no te voy a decir quién es María Cristina** - le contesté haciéndome el interesante.

Soltó una carcajada de las que se llevan ahora, repitiendo unas cinco veces un emoticono ladeado que luce una blanca dentadura y con lágrimas en los ojos. La canción que había compuesto era muy romántica y melosa, casi pegajosa y no se parecía en nada a la música rap que tanto le gustaba. Pensé que podría tratarse de un síntoma del Covid, pero lo descarté al no encontrar en mis búsquedas en la red ningún síntoma parecido.

Tras su experiencia entre aquellas cuatro paredes en Arantzazu y tras subirse de nuevo en una ambulancia llegó a Donostia y, de paso, a la cruda realidad. No quería volver a la pensión de Loiola porque su experiencia previa no fue demasiado gratificante por diversos motivos y, por lo tanto, no tenía un techo para dejar las pocas cosas que tenía y dormir con tranquilidad. Pensamos que era el momento de buscar una habitación en Donostia y solicitar la ayuda que el ayuntamiento brinda a personas que como Blanchard no tienen un sitio digno donde pasar la noche. Mientras

conseguíamos esa habitación se instaló en nuestra casa durante unos días.

Comentamos la situación con una buena amiga, quien se mostró dispuesta a ofrecerle una habitación en su casa. Acordamos que Blanchard permanecería allí durante todo el verano, permitiéndonos así buscar con tranquilidad y anticipación una nueva habitación. Sin embargo, el tiempo avanza rápidamente en estas circunstancias y se acababa verano, por lo que se acercaba el momento de cambiar de casa.

*"Gabon María. Me interesaría una habitación para un amigo. Es un ciudadano de Gabon que lleva casi un año en Donostia y no tiene permiso de trabajo. Le ayudamos entre un grupo de amigos. Es una persona de 28 años muy sociable y con ganas de integrarse. Lo conozco desde hace un año y te puedo asegurar que es buena gente. No trabaja en estos momentos por carecer de permiso de trabajo. El pago estaría garantizado y me haría cargo personalmente de cualquier problema que pueda surgir. Necesitaría contrato ya que va a pedir una ayuda en el ayuntamiento. Te agradecería al menos un mes de prueba para que compruebes y comprueben sus compañero/as de piso que es un gran tipo. Yo vivo también en Donostia. Para cualquier aclaración puedes llamarme al xx1xx2xx5
Un saludo"*

María no contestó a mi solicitud; probablemente estaba de vacaciones. También escribí a Edu. pero no me hizo ni caso, seguramente porque estaba en el trabajo. A

Raúl quizá no le gustó demasiado mi escrito y se hizo el sueco, aunque fuese de Egia. Estoy convencido de que Andrea no leyó el mensaje y claro, si no lo leyó ¿cómo iba a responder? Peru, probablemente, se había comprometido ya con otra persona para lo de la habitación y no se molestó e contestar. ¿Y Guiseppe? Creo que al ser italiano no entendió el texto que le remití.

Éste es el mensaje que envié a unas 70 personas que alquilaban una habitación en distintos puntos de Donostia. El trabajo no dio los frutos esperados por lo que, si eres un idealista y mandas un mensaje como éste a la susodicha plataforma, dejarás de ser rápidamente el soñador que dices ser. Es de alguna manera lo que me ocurrió a mí. Por cierto, no he desactivado aún la alarma que me avisa de nuevas ofertas de habitaciones por lo que, casi a diario, recibo algún mensaje que inevitablemente me recuerda a mi amigo y a la época en la que buscábamos la aguja que había desaparecido en el pajar.

Gracias a Blanchard, he descubierto el apasionante mundo de las habitaciones de alquiler y de la experiencia he sacado varias conclusiones. La oferta es muy amplia y está pensada principalmente para estudiantes o para trabajadores que van a residir de forma temporal en Donostia.

He podido conocer una gran variedad de requisitos que exigen los arrendadores: fianza de dos meses o de tres en algunos casos, no recibir ayuda del ayuntamiento, no hace contrato, tener papeles en regla, tener una nómina, no

cobrar la RGI, ser amante de los animales, ser silencioso y respetuoso, no fumar...

Los precios de las habitaciones son muy caros, superiores a 400-450 euros, aunque están en consonancia con los precios de venta y alquiler de pisos de esta ciudad. Las pocas habitaciones que llegamos a ver no se correspondían para nada con el precio que se pedía por ellas.

Al cabo de dos meses me llamó una persona que había recibido mi solicitud. Estaba interesada en alquilar una habitación y concretamos una cita de la que surgió un acuerdo. Tras múltiples gestiones administrativas, nuestro amigo se instaló en Gros, en una pequeña habitación que costaba 450 euros y por la que recibiría 250 euros de apoyo por parte del ayuntamiento. Se trata de una ayuda de emergencia social (AES) destinada a personas cuyos recursos resultan insuficientes para hacer frente a gastos de vivienda, en este caso, y que sirve para evitar situaciones de marginación social. Era una ayuda interesante pero insuficiente para una persona que carecía de ingresos y que además de la vivienda tenía las necesidades básicas de cualquier ser humano.

En mi ignorancia, no alcanzo a comprender cómo una administración puede ofrecer ayuda para alquilar una habitación a alguien a quien otra entidad prohíbe obtener ingresos de manera legal, como sucedía en el caso de Blanchard. Y sin esos ingresos no podría obtener la habitación para la que el ayuntamiento brindaba su ayuda. Lo que sí entendía en ese momento era que debíamos seguir

colaborando y de nuevo la aportación de varios amigos y familiares aliviaron la situación económica durante unos meses.

Pero en febrero de 2022 la persona que le alquiló la habitación y que a su vez estaba de alquiler en el piso, nos informó de que se iba a trasladar a un alojamiento más pequeño y por consiguiente Blanchard debía interrumpir su estancia en el barrio de Gros. Éramos conscientes, por la experiencia previa, de que conseguir una habitación iba a ser una misión casi imposible, pero comenzamos de nuevo con la búsqueda del tesoro. Todos los intentos para alquilar un nuevo alojamiento fueron en vano. Seguramente, el mensaje que mandaba a los posibles arrendadores no era demasiado tentador, pero desde el principio quise dejar clara la situación de antemano con el fin de evitar una peregrinación por todas las habitaciones en alquiler de Donostia y con pocas posibilidades de éxito.

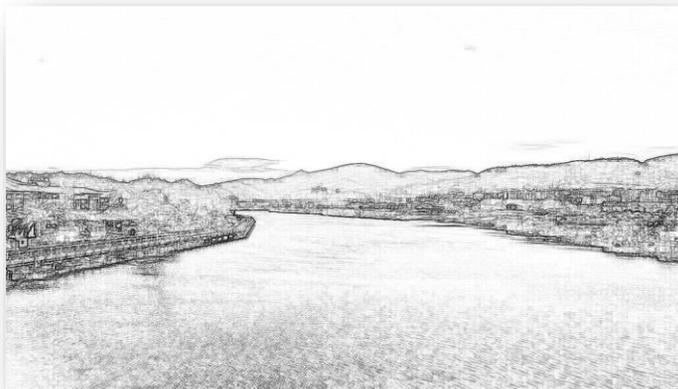
Buscábamos una solución a la situación y llegamos a la conclusión de que no necesitábamos ir muy lejos; la respuesta estaba en nuestra propia casa. Tras renunciar a la ayuda del ayuntamiento habilitamos la chabola de madera que hace unos años yo utilizaba como oficina y allí se instaló nuestro amigo a la espera de una nueva habitación.

Meter a un tío de treinta años en casa fue una experiencia interesante a la vez que compleja. Afortunadamente comenzó a trabajar en Irún a los pocos días de instalarse en nuestra casa y eso facilitó mucho las cosas en todos los sentidos. Fueron meses de convivencia

estrecha, de buenos momentos y de no tan buenos, de alegrías y de alguna tristeza. Nos conocimos mejor y tuvimos tiempo para intercambiar informaciones, pensamientos y opiniones. Fue uno más de nuestra familia en las celebraciones y en los momentos en los que no había nada que celebrar.

Capítulo 17

ESTOY EN FRANCIA



Tomaba el tren en Intxaurreondo y se dirigía a su lugar de trabajo en Irún a las ocho de la mañana. Tras finalizar su jornada laboral volvía al tren y caminaba un par de kilómetros hasta llegar a casa hacia las siete de la tarde. En ocasiones se despistaba por el camino, según nos decía, para visitar a una amiga cuyo nombre nunca coincidía con el nombre de la del despiste anterior. Dos días por semana se quedaba en Errenteria entrenando a los infantiles de un equipo de fútbol del que tampoco recordaba su nombre. Me imagino que los churros que adornaban su cabeza y su aspecto exótico harían pensar a los niños que se trataba de un gran jugador de Champions.

Por la tarde, antes de la cena, conversábamos sobre lo mundano y lo trascendental: las noticias del día, política, deporte y en ocasiones, gracias a la ayuda de unas cervezas, filosofábamos sobre el sentido de la vida.

Era verano. Las últimas semanas tuve la sensación de que tramaba algo. Había perdido su humor característico y me pareció que estaba más pensativo y callado que habitualmente. Un día, en una de las conversaciones que teníamos todos los días me avanzó algo:

- **Manu, tengo que hacer mi camino**
- **¿Cómo? ¿Vas a trabajar construyendo carreteras?** - le contesté, intentando desinflar la seriedad del momento.

Su risa no fue la de otras veces. Hablaba en serio. Me contó que un amigo suyo le había ofrecido trabajar con él en Dinamarca. Era, según sus palabras, un gabonés que se dedicaba a la gestión de contenedores de transporte marítimo en Copenhague. Todo sonaba bastante extraño, pero Blanchard hablaba muy convencido.

Me detalló su plan: *“Viajaré a Dinamarca, conoceré un nuevo país y trabajaré con mi amigo. En unos meses volveré a Donostia, alquilaré una habitación y comenzaré una nueva vida. El dinero que me ofrecen está muy bien y, además, al volver podría empezar a trabajar legalmente ya que el periodo de empadronamiento en la ciudad superaría los dos años.”* Por cierto, he maquillado el entrecomillado por no escribirlo en su peculiar castellano.

Pensé que quizá estaba preocupado c su situación, especialmente en lo que se refiere a la vivienda. Vivía con nosotros, era uno más en nuestra casa, pero probablemente pensaba que era una carga importante para nuestro día a día. Confieso que en ocasiones la convivencia tenía sus problemas y que era como tener un hijo más en casa, para lo bueno y para lo malo. Además, tenía la sensación de que Blanchard se había acomodado en una situación que ya no era de supervivencia por lo que en ocasiones le regañaba por determinados comportamientos, como haría un padre con cualquiera de sus hijos. Y siempre me daba la razón, no sé si era por convencimiento o por dejarme tranquilo.

De cualquier manera, habíamos asumido el compromiso y esperábamos pacientes que pasaran los meses para que pudiese trabajar de forma regular. Por otro lado, creo que al ser una persona joven y con toda la vida por delante necesitaba mayor libertad de movimientos. Como él mismo dijo, tenía que hacer su camino de manera que fuera autosuficiente desde el punto de vista económico, debía crear un entorno amable a su alrededor y debía conseguir todo aquello que se propusiese. Pero teníamos dudas sobre si el camino que apuntaba era el correcto a estas alturas de la película.

- **Pero vamos a ver, ¿cómo piensas pasar a Francia?** - le pregunté
- **Yo ya sé. Un amigo me ha dicho que puedo pasar por el río** - me respondió convencido, como siempre que ponía en duda alguno de sus proyectos.

Blanchard es un tipo decidido, valiente, pero creo humildemente que no sopesa convenientemente las situaciones. Repetía en más de una ocasión que no le gustaba predecir las dificultades y que prefería enfrentarse a los problemas cuando estuviesen frente a él. Me llamaba la atención su filosofía de vida, la admiraba de alguna manera, pero entraba en claro conflicto con nuestro pensamiento occidental de previsión, seguridad y planes de futuro.

- **¿Cruzar el Bidasoa? ¿Se te ha ido la pinza? La gente muere intentando atravesar la frontera por el río.**
- **¿La cual pinza?** - me preguntó con cara de sorprendido
- **Je te demande si tu es fou** (te pregunto que si estás loco) - le respondí en francés para que no cupiese ningún malentendido.
- **Tú tranquilo, yo ya sé por dónde pasar el río** - respondió con la firmeza del que vive en un caserío en Endarlaza y atraviesa el Bidasoa diariamente.

Para un migrante el Bidasoa no es un río sino una barrera difícil de sortear. Los que llegan a Irún tienen la mira puesta en Francia, en Alemania o en los países del norte de Europa. Intentan atravesar la frontera en tren, a pie por el monte, en coche en viajes organizados de forma ilegal y algunos incluso arriesgan su vida cruzando el río a nado.

Sus planes me dejaron intranquilo. Consulté en internet sobre el tema y supe que en los años 60-70,

migrantes portugueses y africanos se acercaban a orillas del río con la intención de dar “El salto”. Leí con sorpresa que el año 1972, por ejemplo, murieron 130 personas intentando atravesar las aguas del río que dibuja la frontera entre los dos países. Descubrí que Jose Saramago en el texto “Historias de la emigración” hace mención del río Bidasoa y de los migrantes portugueses que perecieron en el intento. Pero es que, sin ir muy lejos, el año 2021 murieron ahogadas siete personas. Su plan no pintaba nada bien.

Las últimas veces que he atravesado la frontera franco-española ha sido por la autopista y normalmente me he topado con gendarmes que controlan el paso en dirección a Francia. Es evidente el interés de los franceses por evitar el paso de migrantes provenientes del sur de la península hacia su territorio. Una muestra clara de ese interés ha sido el cierre durante meses de los puertos de Izpegi, Urkiaga y Larrau así como el puente peatonal que une Irun con Hendaia. Estos pasos fronterizos han permanecido cerrados desde enero de 2021 hasta el 30 de octubre de 2023, según el gobierno francés, “por razones de riesgo terrorista.”

Hace unos pocos días tuve que ir a Irun por un asunto familiar. Dejé el coche en el aparcamiento de FICOBA, a escasos metros de la frontera, y recordaba los momentos que se describen en este capítulo sobre el intento de Blanchard de pasar a Francia. Decidí dar un paseo atravesando el puente de Santiago hasta Hendaya. Eran las 11:00 horas y no vi ningún rastro de presencia policial salvo una garita que pertenece a la gendarmería francesa. Atravesé el puente que salva el río Bidasoa sin mayor

problema. Tras un breve paseo por Hendaia volví sobre mis pasos sin ningún percance. Pero, claro, yo soy blanco y eso facilita mucho las cosas en la carretera que atraviesa la frontera.

La tranquilidad de mi breve paseo internacional contrastaba con las dificultades que encontraban los migrantes a su paso hacia Francia, hasta el punto de poner en riesgo su vida. No lo entendía, había algo que se me escapaba. Pensé que la policía no se ve, pero, de alguna manera, está. Haberla hayla. Supongo que las cámaras de vigilancia inspeccionarán el puente, me imagino que las estaciones de tren y autobús estarán más controladas, y es probable que la policía esté destacada en los puntos de mayor flujo de migrantes.

- **Sabes que no te puedo ayudar, no quiero meterme en un lío. Pero creo que cruzar el río no es una buena idea.** - le dije con tono de padre protector.
- **Ya sé. Tu tranquilo. Yo pasaré.**

Era agosto. Me comunicó que emprendería su viaje el 31 de ese mismo mes, asegurándome que su amigo le había sugerido que esa fecha era propicia para cruzar. Pensé que, al coincidir con la operación retorno de vacaciones, quizá la policía estaría más ocupada en la frontera de la autopista. Durante los días siguientes no habló sobre el tema y yo tampoco quería oír cosas que no debía saber.

No tenía interés en saber quién era su amigo y curiosamente me sentía más tranquilo sin conocer los detalles del viaje. Pero estaba claro que estaba preparando algo y no quería involucrarnos. Así me lo hizo saber en más de una ocasión.

Un día mostro interés por la carretera que desde Bera se dirige hacia Sara. Le hablé del puerto de Ibardin y el puerto de Lizuniaga. Eran carreteras que yo conocía bien desde la época en las que hacía salidas en bicicleta por aquellos bellos parajes.

- **¿Y por qué me preguntas esto?** - le pregunté para confirmar mis sospechas
- **Voy a pasar con la bicicleta de un amigo.**

Desde que conocí a Blanchard hice un par de salidas en bicicleta con él. Le gustaba conocer sitios nuevos, especialmente los parajes boscosos y los pequeños pueblos. Probablemente le recordaban al poblado en el que vivía su abuela. Aunque nació en la capital, Libreville, iba frecuentemente a visitar a su familia en un lugar en medio del bosque. Contaba con entusiasmo sus incursiones en la selva y el modo de vida sencillo de la gente. Vivían sin luz y bastante alejados de la civilización. Aprovechaba para impresionarnos con el tamaño de las serpientes, con los gritos de los monos, y con la mala baba que mostraban los elefantes si les molestabas. Selvas interminables, ríos profundos, caza de antílopes...me encantaba escuchar sus aventuras en las tertulias que surgían de manera improvisada.

Y siguiendo con la bici, en una ocasión nos fuimos a Goizueta. Yo quería explicarle el recorrido, el nombre de los caseríos que íbamos conociendo, le quería decir que aquella ascensión terminaba en un cruce que llevaba a Arano y que en Arano había nacido mi abuela (yo también tuve abuela). Pero no me dio demasiada opción. Nada más salir, se adelantó con una facilidad pasmosa sobre aquella pesada bici que le deje a sabiendas de que tendría que imprimir el doble de fuerza a los pedales que yo, que montaba una ligera bicicleta de carretera. Era joven y poseía unas cualidades físicas formidables. Sabía, por tanto, que no tendría ningún problema en superar el puerto fronterizo y podría llegar sin dificultad hasta Bayona, Biarritz o a París si se lo propusiese.

Pensé entonces en las veces que atravesé la frontera en bicicleta por el puerto de Lizuniaga y recordé la casa que se ve a la izquierda, al comenzar la bajada hacia Sara. La casa en la que hace unos años se apostaba la guardia civil permanecía ahora cerrada y no se apreciaba vigilancia alguna. Pero claro, no todo es lo que parece. Probablemente había otro tipo de vigilancia que un incauto como yo no podía percibir. Imaginé que este paso fronterizo había sido adecuado para el tránsito ilegal de mercancías y personas en distintos momentos de la historia ya que el desnivel no era excesivo y resultaba más amable que los puertos que le rodeaban: Ibardin y Lizarrieta.

Pero seguía siendo arriesgado. Cabía la posibilidad de que lo trincasen, incluso sin pasaporte. En ese caso podrían deportarle a su país de origen tras constatar que

estaba empadronado en el ayuntamiento de Donostia. Y en el caso de que no lo deportasen, quizá perdiese su derecho a permanecer entre nosotros y, claro, llevaba ya veinte meses inscrito como morador de Donostia. Y si perdiese ese certificado no podría obtener un permiso de trabajo. O quizá le pusiesen una multa...o qué se yo.

No tenía ni idea de las posibles consecuencias de una detención en la frontera, pero temía que el trabajo y el esfuerzo realizado hasta ese momento se fuesen al traste por una decisión como la que proponía. La nueva idea de mi amigo me pareció bastante descabellada, pero volvió a transmitirla con tanta seguridad que no quise arruinarle el día con mi discurso agorero.

A los días de aquella conversación, el 20 de agosto, desayunaba tranquilamente leyendo la prensa en internet. De pronto la tostada con aceite que engullía se me atragantó, calculo que a la altura de la epiglotis. Tras toser de forma brusca un par de veces, volví a leer la noticia que me había causado el pasmo: “Desarticulada en Bera una organización que se lucraba al pasar a migrantes a Francia por el alto de Lizuniaga”

Tras recobrar cierta dignidad, pude leer que el grupo desarticulado captaba migrantes que tuvieran la intención de cruzar la frontera y los introducía clandestinamente en Francia. Parecía un negocio lucrativo, ya que el paso fronterizo de Biriadou estaba muy vigilado y la travesía a nado por el Bidasoa resultaba peligrosa, por lo que los migrantes debían barajar otras alternativas para el salto.

- **Blanchard. Olvídate de la bicicleta, de Lizuniaga y de su puta madre** - le dije aún impresionado por la noticia. Le explique lo que había leído, pero parecía que lo que le contaba no iba con él. Me desconcertó su tranquilidad. Quizá tenía otro plan y quizá lo de la bicicleta me lo había dicho para despistar.
- **Tranquilo primo, yo ya sé cómo pasar.**

Su actitud y la seguridad de su respuesta alivió en parte mi inquietud. Sólo en parte. Imaginaba que tenía algo preparado, pero no lo quería compartir, quizá para no preocuparnos o tal vez para no involucrarnos en una acción que podría causarnos problemas.

Era martes 23 de agosto y no coincidimos esa mañana. Imagino que salió como todos los días caminando desde nuestra casa hacia el tren que le llevaría hasta Irún. Me enviaba fotos y mensajes escritos casi a diario, pero aquella vez tuve una extraña sensación al recibir el aviso en el teléfono. A las 12:15 llegó a mi móvil un escueto mensaje de audio:

- **Manu, estoy en Francia**

INDICE

1. La carretilla	9
2. El salto	13
3. El infierno	21
4. La confianza	27
5. Gabon	31
6. Tarjeta regalo	37
7. La familia y los amigos	43
8. Si eso vete tú que a mi me entra la risa	51
9. El porqué	57
10. Artista	63
11. El fútbol	69
12. Pasaporte	75
13. 22-03	89
14. Estudias o trabajas	95
15. Iboga	107
16. Buscando piso	111
17. Estoy en Francia	121